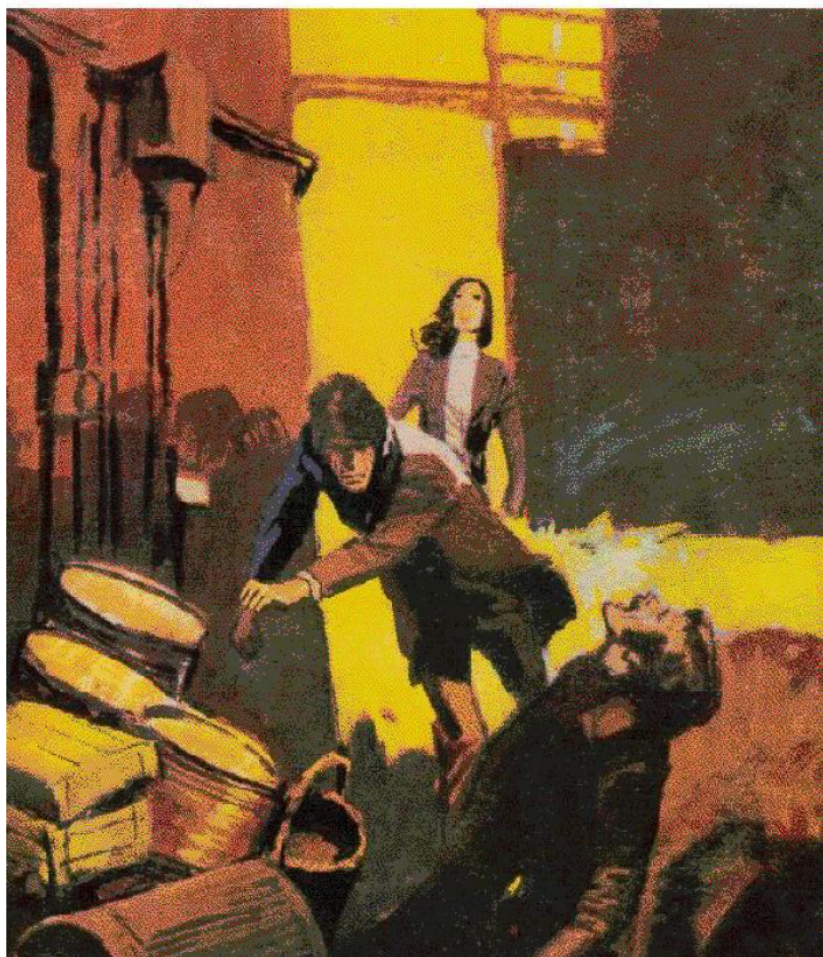




la caja de Pandora

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

BURTON HARE

LA CAJA DE PANDORA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 765
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 40.110 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1976

© Burton Haré - 1976

texto

© Desilo - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.355 — El hombre que volvió del infierno.

En Colección PUNTO ROJO:

762 — La escoria del infierno.

En Colección LA HUELLA:

52 — Llama un fantasma.

CAPÍTULO PRIMERO

La embarcación se mecía dulcemente bajo el sol del atardecer. Reinaba un gran silencio sólo roto a intervalos por la voz de Arthur, tan bronca y poderosa que estremecía las cuadernas. A veces pensaba que asustaba incluso a los peces de las profundidades, desde Long Beach, hasta la isla Santa Catalina.

Se estaba bien tumbado en la toldilla, dormitando, oyendo el chapoteo del agua contra el casco. Únicamente la voz de mi amigo rompía el encanto porque me obligaba a pensar.

Arthur no es un tipo que se conforme con hablar solo. Necesita a alguien que le replique, que discuta, que chille en su mismo descabellado estilo.

—¿Es que no me oyes? —bramó cuando vio que yo continuaba con los ojos cerrados.

Parpadeé.

—¿Qué decías? Y lo que es aún más importante, ¿por qué condenado infierno no te callas?

Suspiró, y al hacerlo sonó como si se desatara una galerna.

—Mira, Kent, no quieras hacerme creer que no te interesa lo que te digo —bufó, iracundo—. Estoy hablándote de muchachas.

—¿Qué muchachas?

—¿Es que no escuchabas?

—Pensaba.

—¿En qué? Sólo hay un tema en el que merezca la pena pensar... Las chicas.

—Así, en general, o en alguna en particular, quizá.

—No seas asno. Tenemos todo un rebaño.

—¿Dónde?

—Decididamente, no escuchabas. En mi cascarón. Esta noche. Rubias, morenas, pelirrojas, una con la cabellera platino que arde en deseos de amar... Dulces, ansiosas, hambrientas de emociones

para que cuando regresen a sus oficinas y al frío del invierno les quede el recuerdo de su gran aventura del verano... ¡Maldita sea tu fea stampa! Si las viste esta mañana en la playa... Con esos bikinis que han salido este año que apenas son mayores que un sello de correos... ¡Hombre, no me digas que las olvidaste!

—Las recuerdo.

—Todo un rebaño —repitió.

No había manera de seguir dormitando con aquel huracán de voz rebotando por toda la ensenada.

De modo que me incorporé y encendí un cigarrillo.

—Está bien, Art. ¿Qué se celebra esta noche en tu buque?

—Cualquier cosa..., la llegada del verano, el aniversario de algún dios griego o la onomástica de Neptuno. ¿Qué importa eso? Ellas estarán allí y estaba diciéndote que cuento contigo. Hay un par de esas impacientes nenas que se interesan mucho por ti. Quieren que asistas a la reunión.

—No me digas.

—Las impresionaste, hijo. En sus sórdidas oficinas, donde queman inútilmente las tres cuartas partes de sus vidas, no suelen ver a semisalvajes tarzanes como tú. Tipos con la piel curtida como cuero, que viven permanentemente en un barco y...

—Cierra el grifo. ¿Cuáles se interesaron por mí?

—La platino y la roja.

—¿Qué roja?

—¡Hombre! No puedes haber olvidado aquella cabellera suelta, casi hasta la cintura, y de un color como las llamas del infierno. Si apenas llevaba nada encima más que su cabellera...

—La recuerdo.

—Ajá... Esas dos. Lo mejorcito del lote.

—Bueno, conforme. Nos veremos allí.

Antes que pudiera replicar, empezó a sonar el teléfono en las entrañas del barco.

Lo dejé que se desgañitara. Arthur me miró esperanzado hasta que el teléfono calló.

—¡Bravo! —rugió—. Eso es algo que yo aún no he conseguido.

—¿Qué?

—Dejar que ese chisme se quede afónico sin descolgarlo.

—Hace falta práctica —dije.

—¡Hermano! Me llevas ventaja... ¿Eres capaz de tirar a la papelera las cartas sin abrirlas?

—Seguro que sí.

Suspiró, realmente admirado.

—Definitivamente, has alcanzado el grado de la perfección elemental, Kent. Yo aún estoy en la fase de readaptación.

—¿Qué clase de jerga estás hablando?

—Si no lo entiendes es que tienes menos sesos *de los* que imaginaba. Estoy diciéndote que has logrado la perfección del vivir. Eres capaz de resistir los estímulos exteriores, encerrado en tu propio caparazón hecho por ti a tu medida. ¡Pero, hombre! Si eso es algo de lo que habría que sentar cátedra en las universidades.

—¿Tú crees?

—Míralo desde mi punto de vista. La sociedad ha llegado al límite de la rutina, de la estupidez, de la masificación. Echa mano a cien tipos de la ciudad. A mil... la diez mil. Tendrás diez mil sonrisas falsas, diez mil corazones ambicionando subir un escalón, diez mil trajes iguales; usan los mismos desodorantes, hacen el amor las mismas noches y a las mismas horas..., los viernes. Antes eran los sábados, pero ahora ese día ya no trabajan, de modo que tienen el compromiso amoroso para el viernes por la noche.

—Cierra el pico. Me das dolor de cabeza.

—Te veré esta noche.

Sin más, se fue trotando haciendo bambolearse la pasarela.

Dejó pasar unos minutos, y luego, levantándose, me interné en el yate y busqué una cerveza fría en la nevera.

Estaba saboreándola cuando el teléfono volvió a chillar.

Esta vez titubeé. Quizá yo no hubiera alcanzado aún la perfección elemental de que hablara Art, porque acabé descolgándolo.

—¿Alan? —dijo una voz de mujer, aguda y excitada como un clarín—. ¿Alan Kent?

—Sí.

—¡Alan! Soy Marge.

—Vaya. Has resucitado.

—¡Oh, Dios, Alan, es horrible!

—¿Sí?

No quería comprometerme. Entre otras razones porque no podía

recordar quién diablos era Marge.

—¡Tienes que venir!

—¿Ahora?

—¡Inmediatamente, por todos los santos!

—¿Por qué, y adónde?

—¿Es que no lo entiendes?

Lógica femenina, por supuesto. Yo debía adivinar sus pensamientos a distancia.

—Lo siento, no lo entiendo de ningún modo.

—¡Pero se trata de Nicole!

Esta vez algo en mi caja torácica aceleró el diapasón.

—¿Nicole? —dije estúpidamente—. ¿Dónde está?

Ahora recordaba quién era Marge.

—¡Tienes que venir!

—Sí, sí, pero ¿adónde?

—Ensenada, cincuenta y dos.

—¿Está ahí Nicole?

—Sí, muerta.

El teléfono casi escapó de mi mano. Hice un esfuerzo hasta que dejé de temblar.

—¿Muerta, es eso lo que dijiste?

—¡Sí!

—Voy ahora mismo.

Colgué de golpe y hube de apoyarme en la mesa unos instantes hasta que la sensación de mareo cesó.

Atrapé una camisa y unos pantalones y salí corriendo del yate. Creo que arranqué tan salvajemente con el coche que parte de las cubiertas quedaron adheridas a las piedras del muelle.

CAPÍTULO II

Hay ocasiones en que la pupila humana tiene la instantánea precisión de un objetivo fotográfico.

Esa vez yo la tuve. Hubiera preferido recibir una bala en la cabeza.

El número cincuenta y dos de Ensenada era un *bungalow* pequeño, moderno, aséptico como toda cosa hecha en serie. No vi ninguna luz cuando paré el coche delante de la valla de madera que cercaba el pequeño jardín, pero cuando atravesé éste una sombra se alzó en los escalones del porche.

—¿Alan? —susurró la misma voz del teléfono.

—Sí, Marge, soy yo.

—Al fin, pensé que me volvería loca. No sabía qué hacer, a quién acudir...

—¿Qué ha sucedido?

Llegué junto a ella. Sus brazos me rodearon el cuello y la muchacha se apretó contra mí desesperadamente, sollozando. Sentí en mi cuello la humedad de sus lágrimas.

—Está dentro, en su dormitorio...

—Bueno, cálmate. ¿Cómo ha muerto?

La sentí estremecerse entre mis manos.

—De un modo espantoso, horrible...

Aquello me dio que pensar.

—¿Quieres decir que alguien la ha matado?

—¡Y de qué manera!

—Vamos.

—Yo no quiero ver eso otra vez —jadeó, casi ahogándose.

Pero entró conmigo y encendió la luz de una estancia reducida, amueblada como un lugar de reunión.

—Está allí, tras aquella puerta —susurró Marge.

La pobre muchacha estaba descompuesta. Lívida, sus ojos eran

dos simas de terror. Le temblaba la barbilla y yo esperé oír castañetear sus dientes.

Fui hacia aquella puerta, la abrí y encendí la luz.

La imagen me golpeó como un mazazo. Lo vi todo en un instante y quedó grabado de tal modo en mi cerebro que ya jamás lo olvidaría.

El dormitorio tenía cortinas azules, el mismo color que la revuelta colcha de la cama.

Una espesa alfombra blanca cubría el suelo. Tenía el pelo tan largo como la piel de un oso polar.

Sobre ella yacía el cadáver desnudo de Nicole.

La habían acuchillado, no una vez, sino diez, quince, quizá más veces. Todo el que fuera hermoso cuerpo era ahora un amasijo de carne revuelta y sangrante. A su entorno la alfombra era roja de sangre, y el cuerpo parecía haber empequeñecido al vaciarlo de ella.

Me tambaleé en el umbral. Algo latió dolorosamente en mis sienes y el aire se negó a entrar en mis pulmones durante un tiempo.

Al fin se calmó el tumulto y avancé paso a paso por encima de la alfombra, manteniéndome lejos de la sangre que ya estaba casi seca. Percibí el aroma de mujer que flotaba en el dormitorio, pero capté también el olor dulzón de la sangre. Huele como cobre recién cortado. Un olor que le revuelve a uno el estómago.

No había desorden en el cuarto, a excepción de la cama, donde Nicole debía haber dormido. O quizá el revoltijo de ropas se debiera a otro motivo más turbio, pero de cualquier modo la habían asesinado en la alfombra sin la menor duda. En la cama no había una sola gota de sangre.

En un rincón brillaba algo que recogí. Era una diminuta lámpara de *flash* fotográfico. Algo incongruente en un escenario sangriento como una pesadilla.

Salí del dormitorio. Instintivamente me guardé la lámpara en un bolsillo porque estaba tan aturdido que era incapaz de razonar ni pensar.

Marge se había sentado en una butaca y estaba doblada sobre sí misma, llorando con la cabeza casi oculta entre las rodillas.

Cuando me oyó, balbuceó sin mirarme:

—Ahora ya la viste... Nicole...

—Sí.

Me acerqué al ventanal y lo abrí porque la temperatura allí dentro era semejante a la de un horno. Fuera reinaba la oscuridad y había un gran silencio. Sólo un grillo, en alguna parte, dejaba oír su incansable chirrido.

Busqué un cigarrillo en los bolsillos y entonces advertí que no llevaba nada encima. Había salido demasiado precipitadamente de mi barco.

Volví atrás.

—¿Tienes cigarrillos?

Marge levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Cigarrillos.

—Ahí, en el bolso.

Tomé uno y lo encendí. Controlé lo mejor que pude mi voz y dije:

—¿Desde cuándo sabías que Nicole vivía aquí, que estaba en la ciudad?

—Desde ayer.

—¿Cómo es eso? Nicole debía llevar tiempo residiendo en esta casa.

—No lo sé. Nunca supe una palabra de ella hasta que ayer me llamó por teléfono. ¡Oh, Alan! ¿Crees que no te lo hubiera dicho de haberlo sabido antes?

—No lo sé. Apenas puedo pensar.

—¿Por qué le harían eso, Alan?

No repliqué. No podía saberlo. No quería saberlo.

Nicole había vuelto del pasado para convertirse en un cuerpo destrozado y sangrante. Yo había soñado con su regreso. Miles de veces, de noche y de día, ella volvía a mí y todo cobraba nueva vida y color, y yo tenía de nuevo un horizonte porque ella había sido mi horizonte, todo mi mundo. La vida entera.

—Hay que llamar a la policía —dije, sin moverme.

—Sí, claro.

—¿Qué dijo cuando te llamó? ¿Te habló de mí?

Marge asintió con un gesto.

—Sí —murmuró—. Me preguntó qué sabía de ti. Ardía en deseos

de verte, pero cuando le aconsejé que te llamara en seguida se negó. Primero quería hablar conmigo.

—¿De qué?

—Lo ignoro, pero me pareció como si se encontrara en apuros.

Terminé el cigarrillo y encendí otro echando mano nuevamente del bolso de Marge.

—¿No llamas a la policía? —me recordó.

—Sí.

—Seguías queriéndola.

No era una pregunta. Era un hecho que ella daba por sentado.

Yo dije:

—La defraudé.

—No digas eso.

—Sí, la defraudé. Ella suspiraba por una casa con niños, problemas rutinarios y amigos de fin de semana; con reuniones, combinados, barbacoa en el patio y rutina y seguridad. Pero yo era tan sólo un vagabundo que vivía de modo permanente en un barco, casi siempre anclado en el puerto deportivo y dedicado a pasarlo lo mejor posible y con el menor trabajo posible también.

—Pero ella te amaba.

—Empezó a dudarlo y se fue.

Tras un silencio, Marge repitió:

—Habrás que llamar a la policía.

—Sí.

Descolgué el auricular, hice la llamada y cuando colgué me pareció que estaba vacío por dentro.

Un pavoroso vacío en el que sólo había sangre y muerte.

CAPÍTULO III

Bueno, casi había terminado todo. Se habían llevado el cadáver y acabado de ensuciar la costosa alfombra con tinte para dibujar la silueta del cuerpo. Quedaban un par de especialistas empeñados en levantar las últimas huellas dactilares de los rincones, un fotógrafo que guardaba sus bártulos, un sargento malcarado y el teniente Dobrak.

Además de Marge y yo mismo, naturalmente, aunque Marge era como si no estuviera allí porque había caído en una especie de aturdimiento absoluto que la mantenía inmóvil, la mirada perdida y un continuo quejido apenas audible. Empezaba a preocuparme.

Dobrak vino hacia mí y la señaló:

—¿Sabe usted dónde vive?

—Sí, claro que sí.

—¿Tiene familia?

—No, que yo sepa. Vive sola.

—Habrás que llevarla a su casa y sería una buena cosa que la examinará un médico.

—Ya le advertí a usted que no la obligara a contemplar otra vez el cadáver.

—Lo siento, pero era necesario a mi modo de ver. Usted también se ha impresionado mucho, señor Kent.

—Yo puedo soportarlo.

—Quizá ahora quiera hablarme un poco de la mujer muerta, si está usted en condiciones.

—Por supuesto.

—Y bien... ¿Es cierto que fue su prometida?

—No ande con rodeos. Vivimos juntos una temporada, en mi barco. La cosa no resultó y ella se fue. No había vuelto a verla hasta que Marge me llamó diciéndome que Nicole estaba muerta.

—¿Eso es todo lo que sabe de ella?

—Absolutamente. Han pasado cuatro años desde que se separó de mí.

—Entiendo. ¿Es usted el propietario de ese barco en que vive, o sólo el patrón?

—El barco es mío.

—Ya. ¿A qué se dedica, señor Kent?

Suspiré porque la cosa era un tanto difícil de explicar.

—Bueno, hace años, cuando me repatriaron medio muerto de Vietnam, saqué una licencia de investigador privado. Me especialicé en seguros y gané algún dinero.

—¿Y sigue trabajando en lo mismo?

—Sólo esporádicamente.

—Explíqueme eso.

—Es sencillo. Si mi cuenta corriente está sana, no trabajo. Cuando amenaza ruina me muevo un poco aquí y allá. Hay algunas compañías de seguros que me reservan sus casos importantes.

—Es un sistema de vida un tanto raro, ¿no cree?

—Sí.

Me miró con el ceño fruncido.

De pronto, me espetó:

—Cuando esa joven se separó de usted, ¿quedaron amigos? Ya sabe lo que quiero decir.

—No quedamos enemigos. Ella comprendió que no congeniábamos, que su meta era otra distinta que nunca conseguiría a mi lado, a menos que yo cambiase mucho. Lo dejó correr. Nos dimos la mano y nunca más volví a saber una palabra de Nicole. Es así de sencillo.

—Claro. Supongo que ya sabe que haré algunas investigaciones en su tomo, señor Kent.

—Lo doy por sabido.

Asintió con un gesto. Sin dejar de observarme, dijo:

—Creo que eso es todo. A menos que le quede a usted algo que decir.

—Nada en absoluto... ¡Oh, sí! —exclamé de pronto, metiendo la mano en el bolsillo—. Encontré eso en el dormitorio. Aún no sé por qué razón lo recogí del suelo. Estaba aturdido, incapaz de razonar.

Tomó la lámpara de *flash* y enarcó las cejas.

—¿Estaba en el dormitorio?

—Eso es.

—¡Dubrosky!

El fotógrafo, que ya estaba cerca de la puerta, se volvió.

—Echa una mirada a esa lámpara a ver qué te parece.

El tal Dubrosky la tomó entre dos dedos, examinándola cuidadosamente.

—Es de una cámara automática, seguramente una «Fujica». Está fundida.

—¿Quieres decir que no sirve?

—En absoluto.

—Gracias. Ya puedes largarte. Quiero las fotos en mi despacho esta misma noche.

—Sí, ya sé la canción.

Dobrak mascullo, entre dientes:

—A menos que esté equivocado, no se ha encontrado ninguna cámara fotográfica en el registro de la casa. Ni un solo accesorio. Es algo muy raro.

—Quizá se le cayó al asesino.

—Kent, los asesinos de la clase del que ha cometido esta salvajada no llevan nada encima, y menos material fotográfico. En todo caso quizá se le cayó a alguien hace algún tiempo. Si esa muchacha vivió con usted, Kent, debe saber si era aficionada a la fotografía.

—Nunca la vi hacer ni una sola foto. Mientras estuvo en el barco no tuvo ninguna cámara fotográfica.

Estuvo pensativo unos instantes. Cuando me disponía a recordarle que era urgente llevar a Marge fuera de aquel escenario de muerte, él comentó:

—Hay detalles muy raros en todo este asunto. Por ejemplo, esta casa y su contenido. Todo es nuevo, recién comprado.

—¿Qué?

—Las ropas, los cachivaches del tocador... Todo. Da la impresión de que esa mujer llegó aquí sin equipaje, con las manos vacías. Compró todo cuanto necesitaba para instalarse una vez aquí. Eso es muy extraño. ¿De dónde puede venir una mujer sin ningún equipaje?

—De la cárcel.

Frunció el ceño.

—Ya lo pensé, pero lo dudo. Sería algo demasiado fácil y le aseguro que los policías nunca tenemos tanta suerte.

—Yo también me resisto a creer que Nicole estuviera en la cárcel todo este tiempo. No era de las mujeres a las que les gusta meterse en líos.

—Pues debió meterse en alguno gordo para que la mataran de ese modo... Bueno, ya puede llevarse a su amiga. Pero no le sorprenda si le hago una visita dentro de un par de días.

—Será bien recibido a bordo, teniente.

Me acerqué a Marge y la obligué a levantarse. Me miró como si no me conociera.

—Te llevaré a casa —dije—. Necesitas descansar.

—¿Alan?

—¿Es que no te acuerdas de mí?

—Sí. Llévame contigo.

Se apoyó en mi brazo y nos fuimos hacia la puerta.

Otra vez el teniente exclamó:

—¡Un momento, ahora que recuerdo!

—¿Qué quiere ahora?

—¿Conoce usted a una mujer llamada Louise Carrol?

—Nunca la oí nombrar. ¿Quién es?

—No lo sé. Encontré tres o cuatro tarjetas con ese nombre en un bolso.

—No puedo ayudarle, lo lamento.

Nos fuimos definitivamente.

Conduje el coche en la desierta noche hacia los muelles, hasta encontrar mi lugar de aparcamiento en los terrenos del club.

Casi hube de llevar a Marge en volandas hasta el barco.

Allí la tendí en una litera y ella empezó a sollozar otra vez.

Preparé un gran vaso de *brandy* y la obligué a beberlo.

Tosió y protestó, pero acabó por dejarlo vacío. Después, se durmió.

La cubrí con una manta ligera después de quitarle los zapatos y me fui a cubierta. Fumé allí, solo, contemplando el mar oscuro y profundo, pensando en Nicole y en su muerte.

Había vivido los últimos años envuelta en el misterio. Se había instalado en aquel *bungalow* sin llevar nada consigo..., como si saliera de la cárcel. O como...

Me enderecé de golpe cuando la idea me golpeó como un mazo.

Naturalmente, como si huyera. Como si hubiera escapado de otro domicilio sólo con lo puesto. No podía ser de otra manera.

¿Y aquel nombre? Louise Carrol, tres o cuatro tarjetas sin dirección, sólo el nombre.

Abandoné la cubierta y encendí las luces de la reducida sala donde estaba el teléfono. Un par de minutos después tenía una dirección y un teléfono correspondientes a alguien llamado Louise Carrol.

Disqué el número y el teléfono sonó y sonó una eternidad.

Colgué, di un vistazo a Marge asegurándome que continuaba dormida, y salí en busca de una corazonada. Si acertaba, tal vez tuviera algo con que apretarle el cuello al hijo de perra que había matado en un delirio de sangre lo que fuera mi último sueño.

CAPÍTULO IV

Eran un conjunto de pequeñas casitas desparramadas por la falda de la colina. Una muestra de lo que puede hacerse con una planificación inteligente del terreno si uno tiene dinero para pagarlo.

Detuve el coche a cierta distancia de la casa que buscaba. Era pequeña y moderna, de líneas audaces y atrevidas. Estaba completamente a oscuras.

Examiné la cerradura. Era inviolable.

Las ventanas ofrecieron mejor oportunidad. Conseguí abrir una sin excesivas dificultades y me colé dentro silencioso como un gato.

El fulano también atacó en completo silencio.

No oí nada, ni siquiera su respiración cuando golpeó. Sólo sentí el estallido de dolor en un lado de la cabeza y me fui dando tumbos hasta derribar una mesa y caer con ella.

Entonces el tipo ya no adoptó precauciones. Oí sus pasos aproximándose a mí, y alguien gruñó:

—¡Acábalo antes que alborote demasiado!

De modo que eran dos.

Y pensaban acabar conmigo.

Gente expeditiva, ya lo creo.

Le dejé llegar sin moverme hasta el último segundo. El se inclinó en la oscuridad para ver dónde debía golpear para hacer más daño.

Bueno, tenían mucho que aprender, después de todo. Ese par de monos no habían peleado en Vietnam.

Abrí los dedos de la mano derecha y los disparé hacia su cara con un golpe seco. Se hundieron en la blanda masa de sus ojos y el hombre profirió un espeluznante alarido cuando saltó hacia atrás, revolviéndose y girando locamente de un lado a otro. Se apretaba las manos contra su rostro. Yo sabía que la sangre debía saltarle por entre los dedos como un torrente.

El otro gritó:

—¿Qué infiernos estás haciendo? ¡Utiliza el cuchillo!

Me levanté cautelosamente. El bastardo que me había golpeado continuaba bramando. Cuando se diera cabal cuenta de lo que le había sucedido a sus ojos tendría aún más motivos de queja.

El otro se movió cerca de la ventana. Capté la chispa plateada de una hoja de acero en su mano y me mantuve muy quieto, esperando.

El herido emitió un largo quejido y calló. Debía tantear con todos sus sentidos para calcular el daño sufrido.

El del cuchillo brincó como una rana. Pero no vino hacia mí porque no podía verme.

Sonó un bramido sordo.

El fulano barbotó:

—¡Ahí tienes, puerco!

Un cuerpo cayó con estrépito y el del cuchillo retrocedió acercándose a dónde yo estaba. Contuve el aliento cuando llegó a un paso de distancia.

Entonces le sacudí.

Le veía lo bastante como para saber donde golpear. Por lo menos, veía la sombra de su cabeza, de modo que la nuca quedaba bajo esa sombra y allí fue donde golpeé.

Lanzó un alarido. Repetí el golpe cuando se derrumbaba y puse suficiente dinamita en mi mano como para romper un ladrillo.

Su cuello no era tan duro como un ladrillo y se rompió con mucha más facilidad.

La mano empezó a dolerme. Estaba desentrenado. Hacía meses que no practicaba... Años, en realidad. En un combate normal con otro karateca me habrían hecho migas.

Escuché el silencio y los pelos casi se me pusieron de punta. No oí nada, ni un suspiro.

Me moví con cautela para no derribar más muebles. No quería provocar más ruidos de los necesarios por si alguno de los vecinos había ya escuchado los bramidos del herido.

Cuando encontré la luz y la encendí pude apreciar los estragos del combate.

El primero al que yo había acertado en los ojos estaba tumbado de costado con una tremenda cuchillada en el corazón. Estaba tan

muerto como mi tatarabuelo.

El otro había quedado hecho un ovillo con la cabeza retorcida en un ángulo absurdo, como si quisiera mirar por encima de la espalda. Y lo conseguía porque su cuello estaba bien roto.

Empecé a preocuparme porque la policía no tardaría en caer en la cuenta de que el nombre de Louise Carrol significaba otro domicilio. Iba a verme envuelto en un buen lío.

Luego pensé en el cuerpo destrozado de Nicole y ya no lamenté estas dos muertes. Ni lo lamenté ni me preocupé más por ello. Rizando el rizo, podía decir que empezaba a cobrar la factura de la liquidación de cuentas.

Me incliné sobre ellos y les registré. No esperaba encontrar gran cosa en sus bolsillos porque esa clase de pájaros no suelen llevar nada identificable. Por eso me llevé la gran sorpresa cuando vi que los dos, aparte de tabaco, llaves, monedas sueltas y algún dinero, cargaban también con sus correspondientes documentaciones.

Uno se llamaba Benson Mody. Era el del cuello roto.

El que había quedado ciego antes de recibir la equivocada cuchillada se llamaba Samuel Lance.

Volví a dejarlo todo en sus bolsillos y luego me interné en la casa. Lo habían revuelto todo de arriba abajo y de abajo arriba. Sólo les había faltado levantar las baldosas del suelo o echar abajo las paredes.

Había una cantidad impresionante de ropa femenina. Prendas íntimas de mil colores, todas lo bastante breves y transparentes como para que valieran una fortuna. Había vestidos de noche costosos, trajes de deporte y multitud de otros vestuarios. Si todo aquello había pertenecido a Nicole no cabía duda de que durante aquellos años las cosas le habían rodado muy bien para permitirse tales lujos.

Me pregunté qué diablos habían buscado aquellos dos monos. Desde luego, fuera lo que fuere no lo habían encontrado, a pesar de todo el desbarajuste, porque de haber encontrado algo concreto lo hubieran llevado en sus bolsillos.

Entre los libros esparcidos por toda una bonita sala encontré una fotografía de Nicole en un marco de plata.

Estuve mirándola mucho tiempo. Su bellísima cara sonreía llena de vida. En la fotografía era aún más hermosa de como aparecía en

mis recuerdos. Quizá más sofisticada también, con un rictus más duro en su boca sensual y atrayente como un abismo.

Contemplarla entonces, sabiendo que estaba muerta, me producía la misma sensación que si me rasparan el corazón con un cepillo de hierro.

La dejé, levanté el teléfono del lugar donde lo habían tirado y llamé a la policía. Pregunté por el teniente Dobrak y le dije lo que tenía entre manos. Dos muertos más.

Tardaron poco tiempo en llegar. Dobrak empezó a ponerse nervioso en cuanto vio la cara del primero a quien yo había golpeado.

Los ojos del cadáver eran dos simas negras en las que aún parecía burbujear la sangre y el contenido de sus globos oculares reventados. Tuvo una arcada y se volvió para no vomitar. Para ser policía era muy impresionable.

—Bueno, ¿cómo lo hizo? —Gruñó poco después.

—Hube de defenderme en la oscuridad porque ellos me golpearon primero. En esas condiciones no acostumbro respetar las reglas del marqués de Queensberry.

—¿Y la cuchillada?

—Fue su propio socio. Creyó que saltaba sobre mí en la oscuridad y se lo cargó. Eso fue una suerte para él de todos modos, porque si hubiese quedado vivo y sin ojos presumo que no hubiera sido muy feliz.

—Kent, empiezo a preocuparme por usted.

—No hay motivo. Yo no estoy preocupado por mí.

—Quise decir «a causa de usted». ¿Por qué vino a esta casa?

—Porque caí en la cuenta de que Nicole había huido con lo puesto. No se llevó nada, ni un simple cepillo de dientes. Y el nombre de aquellas tarjetas que usted mencionó me dio que pensar... y la guía telefónica hizo el resto.

—Entiendo. Su amiga Nicole vivió aquí con el nombre de Louise Carrol.

—Así es.

—¿Ha revuelto usted todo esto? —preguntó, señalando los destrozos causados por los dos gorilas.

—No, lo hicieron ellos. Debían estar a punto de largarse cuando yo llegué.

—¿Qué piensa usted que buscaban?

—No tengo una maldita idea. Sea lo que fuere, no lo encontraron.

—¿Cómo está tan seguro?

Me encogí de hombros.

—Les registré los bolsillos.

—Ya veo... Al juez no le gustará saberlo.

—Habían intentado matarme. Tenía ciertos privilegios.

—Eso es muy discutible.

Dio un vistazo a sus hombres que estaban entregados a las tareas de rutina. Luego, gruñó:

—¿Acabó usted el registro, Kent?

—No. Sólo di un vistazo por encima. No hay el menor rastro de una cámara fotográfica tampoco.

Cabeceó. El había tenido la misma idea que yo en ese aspecto.

Me dejó de lado para hacer su parte en aquel festival.

Salí al porche que se extendía delante de la casa como una terraza volada, encendí un cigarrillo y me quedé allí, la mirada perdida en el oscuro firmamento chispeante de estrellas.

Pensé que si fuera cierto que nosotros teníamos algo más que cuerpo e instintos, el alma de Nicole debía vagar por aquellas inmensidades sin fin ni principio. Tal vez el alma aún pudiera pensar, y si era así me habría gustado que Nicole pudiera recordarme de vez en cuando en el lugar donde estuviera. Ella había significado un todo en mi vida, la meta final por la que uno lucharía con uñas y dientes si fuera preciso. Esperaba que yo hubiera significado también para ella algo semejante, y si fuera así, ella pensaría en el vagabundo que la había amado hasta la exasperación.

—¿En qué piensa, Kent?

No había oído salir al teniente, que tomó asiento en los escalones, a mi lado.

—En ella. En el pasado... Tonterías —dije—. ¿Han encontrado algo?

—Nada. Sólo la evidencia de que la posición de esa joven era más que desahogada. Tenía dinero, de eso no cabe duda.

—Ya lo advertí.

—Lo extraño es que no hay el menor rastro de sus amistades. No

llevaba una libreta con números de teléfono, direcciones, citas con amigas o amigos... Nada en absoluto. Eso también es sorprendente.

Asentí y encendí otro cigarrillo.

—Dígame una cosa, Kent.

—Pregunte.

—¿Dónde aprendió karate?

—Yo no dije que fuera un karateca.

—No, pero esos golpes que descargó contra ese par de cuchilleros son inconfundibles.

—En Vietnam. Me adiestraron, aunque deportivamente lo había practicado mucho antes.

—Ya veo. Resulta usted una fuente de sorpresas. Dejó pasar un cierto tiempo en silencio. Luego, dijo: —Hasta aquí usted ha actuado de protagonista en este desdichado asunto, Kent. Admito que sus lazos sentimentales con la muchacha muerta le daban ciertos derechos. Pero de ahora en adelante, manténgase al margen del caso. ¿Comprende? No se interfiera otra vez en mi trabajo o me veré obligado a actuar contra usted.

—Eso no me gustaría.

—Ni a mí. Ahora, lárguese, Kent. Ya nos veremos cuando yo le visite en su barco.

—Espero que para entonces tenga noticias concretas.

—Tal vez el fiscal quiera interrogarle —dijo como de pasada.

—No tengo nada que ocultar.

—No, de eso estoy seguro. Pero ha matado a dos hombres, y aunque eran matarifes sin ninguna duda, y posiblemente los asesinos de la joven Nicole, son dos muertes que hay que cargar en su cuenta, lo cual inquietará al fiscal.

—Maté a otros hombres, teniente. En Vietnam. Y nunca pude olvidarlo porque yo no tenía nada contra ellos, no quería matarlos. Pero esos dos no pesarán en mi conciencia. Nunca, porque a ellos sí deseé matarlos.

—Y lo hizo. Lárguese a su acorazado, Kent, y déjenos hacer nuestro trabajo.

Me levanté y me fui.

Que hicieran su trabajo, y que lo hicieran bien, porque si no era así alguien habría de llegar hasta el fondo del pozo, hasta el cubil de donde había salido la sentencia de muerte contra mi pobre

Nicole.

CAPÍTULO V

Habían pasado dos días. Marge se había reintegrado a su pacífica vida de secretaria. Trabajaba en una de las compañías que de vez en cuando incrementaban mi cuenta corriente.

Arthur me había dejado en paz después de sus primeros estallidos de cólera por mi desertión del mundo de muchachas que él había creado.

Los periódicos habían hablado un poco de la muerte de Nicole, y apenas nada del salvaje óbito de los dos cuchilleros.

Poco más o menos, la paz había vuelto a mi alrededor.

Pero quedaban los recuerdos. Si uno pudiera pasar un trapo por la memoria y dejarla en blanco, como si limpiase una pizarra, los hombres seguramente serían más felices.

Había hablado un par de veces con el teniente por teléfono. Estaba muy ocupado, pero poseían razonables evidencias de que los dos individuos que yo había matado eran los asesinos de Nicole.

Eso ya era algo.

No todo. Y así se lo dije.

—Alguien les ordenó hacerlo. Ellos fueron sólo el brazo ejecutor.

—Sí, ya tenemos eso en cuenta —había replicado.

De modo que Alan Kent, esa especie de vagabundo de playa, estaba en paz con el mundo entero menos consigo mismo.

Al tercer día abandoné el barco y me largué a la ciudad. Quería ver al teniente.

Fue un empeño inútil. Estaba de servicio, pero nadie pudo darme razón de los lugares donde podía ser localizado.

Así que al atardecer regresé al muelle y estacioné el coche en mi lugar reservado.

Arthur se había instalado en mi toldilla y estaba haciendo todos los posibles para acabar con mis provisiones de *whisky*.

—¿Dónde diablos estuviste? —bramó cuando llegué a bordo—.

Todo el mundo anda loco buscándote.

—¿Quién es todo el mundo?

Suspiró de aquella manera que hubiera hinchado las velas de una goleta.

—En primer lugar, mi rebaño. Las defraudaste la otra noche. Algunas de ellas regresan a sus casas mañana. Quieren celebrar la despedida esta noche. En segunda lugar, el teléfono. Desde que estoy aquí ha sonado cinco veces.

—¿Quién era?

Me miró beatíficamente.

—No lo sé. Ni siquiera me levanté de la tumbona. Estoy aprendiendo, ¿eh? Le dejé desgañitarse sin pestañear.

—Eso es una gran cosa.

Se rió. Hizo un ruido como el de una sierra de cinta.

—Luego, esta mañana, los mecánicos. También te buscaban.

—¿Qué mecánicos?

Vació el vaso y atrapó la botella para servirse otra dosis mortal. Le añadió hielo.

—Los que llamaste.

—Yo no avisé a ningún mecánico.

Me miró extrañado.

—Estuvieron aquí, hombre —dijo—. Les vi cuando se disponían a subir a bordo. Me preguntaron por el propietario del yate al advertir que les observaba.

—Espera un minuto. ¿Quieres decir que hubo alguien enredando en este buque?

—Estoy diciéndolo desde que llegaste. ¿Eres tan duro de mollera?

Sentí un escalofrío en todas las fibras de mi cuerpo.

—Yo no había avisado a nadie —repetí—. No hay ninguna avería a bordo, y las pequeñas que se producen las reparo yo mismo. ¿Viste en qué clase de vehículo vinieron?

—Una furgoneta pequeña. De Evinrude.

—¿Desde cuándo un barco como éste va equipado con motores fuera borda?

Arthur se enderezó poco a poco.

—Bueno, ¿qué es lo que piensas entonces?

—Voy a dar un vistazo abajo.

Descendí a las entrañas del barco. Los motores reposaban como grandes animales antediluvianos que se hubieran quedado de pronto petrificados. Estaban limpios y brillantes y la sentina bien ventilada. Era algo en lo que ponía especial cuidado desde que había visto volar por los aires un enorme yate a causa de los gases acumulados en su sentina. El propietario le dio al encendido y fue lo mismo que si hubiera accionado el disparador de una bomba.

Yo conocía la sentina y mis máquinas como si las hubiera construido personalmente. Me gustaba revisar los motores de vez en cuando, limpiarlos y tenerlos siempre a punto. Quiero decir que conocía cada tornillo de todo aquel conjunto.

Eso facilitó las cosas.

El paquete estaba sujeto a un lado del motor de arranque.

No era muy grande. Calculé que contendría suficiente dinamita para volar un portaaviones, nada más.

Estuve observándolo un buen rato, comprobando las conexiones de los cables que salían de sus entrañas como tentáculos de muerte. Habían hecho un buen trabajo, ya lo creo que sí. Un trabajo perfecto.

Si yo hubiera puesto en marcha los motores, el puerto deportivo hubiera quedado reducido a escombros. Seguramente, para organizar mi entierro habrían precisado de todo un equipo de buceadores para reunir los pedacitos del vagabundo Kent.

Desde arriba, Arthur gritó:

—¿Aún no terminas? Ya no queda mucho tiempo. Las chicas estarán preparándose ya.

—Vete tú. Tengo algo que hacer.

—¿A estas horas y ahí abajo? Pero, hombre, me matas. Esas nenas ansiosas de ti me harán pedazos si no te llevo.

—Baja.

—¿Qué?

—¡Baja un momento!

Gruñendo como un oso, descendió los escalones.

Le mostré en silencio el paquete de explosivos. En los primeros instantes no cayó en la cuenta.

—¿Qué pasa? —exclamó—. No entiendo una maldita cosa de motores. ¿Qué es eso?

—Una bomba.

—¿Una...? ¡Madre mía! ¿Hablas en serio?

—Esos mecánicos, Art.

—Pero... ¿por qué, hombre?

—Tengo una ligera idea, pero no lo suficiente grande para echarles mano.

—¿Y qué vas a hacer?

—Quitar este petardo de aquí y tirarlo al mar.

—Espera un minuto, compañero. ¿Entiendes algo de bombas?

—Un poco.

—Mira, déjalo correr, Kent. La policía tiene expertos que la sacarán sin que ocurra ningún accidente.

—Lárgate si tienes miedo, pero no quiero meter a la policía en esto. En cierto modo es una declaración de guerra.

—¿Una...? No entiendo nada, Kent. Y tengo miedo.

¡Maldita sea tu fea estampa, claro que tengo miedo!

—Entonces, lárgate.

—Me quedo.

—Puedes volar por los aires convertido en picadillo.

—Eso no me gustaría. ¿Puedo ayudarte? ¡Condenación, haces que me sienta como un estúpido y tonto héroe de serial! Pero no puedo dejarte aquí, sólo como Gary Cooper en aquella película. ¿Qué puedo hacer?

Le miré recto a la cara. Tenía miedo. Yo también lo tenía, quizá más que él porque sabía mejor lo que aquel petardo podía hacer si estallaba.

—Nada, ahora —dije al fin—, cuando yo desconecte los cables, sujeta bien la bomba para que no se mueva.

—¿Y si tiemblo, Kent?

—Volaremos los dos. Y el yate. Y la mitad del muelle...

Tragó saliva y yo puse manos a la obra.

Los cables estaban bien colocados. Me costó cinco largos minutos soltar las conexiones de los polos del motor de arranque.

—Ahora, Art, sujeta bien ese paquete, que no se mueva.

Dio un profundo suspiro y acercó las manos a la bomba conteniendo el aliento.

Eso no me convenía.

—No contengas el aliento —dije—. Respira hondo y pausado o no podrás controlar tus manos. ¿Listo?

—Adelante, y que Dios nos ayude.

Despegué la gruesa cinta adhesiva con que estaba sujeto el paquete de explosivos. Los cables oscilaban levemente. Los doblé lo justo para sujetarlos contra la bomba con la misma cinta que despegué. De este modo, unos minutos después, Art quedó dueño y señor de la dinamita, sujeta entre sus manos, tan quieto como una estatua de sal.

—¿Y ahora qué? —susurró.

—Sube arriba. Botaré la motora y saldremos mar adentro para hundirlo en el mar. Si estalla allí no hará daño a nadie.

—¿Pretendes que lleve eso en las manos hasta alta mar?

—Claro.

—Voy a padecer del corazón... ¡Kent, por tu padre, haz algo!

—Ya estoy haciéndolo. Vamos arriba.

Hice descender la pequeña y potente motora hasta el agua. Estaba oscureciendo por momentos.

—Voy a descender primero, Art. Cuando esté en la escalerilla me darás la bomba y descenderás tú, para cogerla de nuevo cuando estés en la lancha.

Lo hicimos así y todo fue bien. Conduje suavemente la motora, sin sacudidas, a velocidad media para que no saltara sobre las olas.

A unas tres millas de la costa hundimos el artefacto. Ríos de sudor corrían por mi espalda, y Art estaba tan nervioso como un gato.

Se derrumbó hacia atrás en el asiento. Estaba lívido.

—¿Sabes una cosa, Kent? Si alguna vez puedo ponerles la mano encima a los que colocaron ese chisme, te juro que les arrancaré la cabeza.

—Bueno, ya somos dos a desear lo mismo.

Cuando hube izado la motora, Arthur acababa de vaciar un enorme vaso de *whisky* y empezaba a reaccionar.

—He envejecido cien años esta noche —gruñó—. Lo creas o no, maldito si me siento con ánimos de hacer el amor con ese puñado de sirenas. No volveré a sentirme hombre hasta dentro de un mes.

—Tómalo con calma. Las chicas están esperándote en tu barco.

—Ya lo sé.

—Yo tengo que ir a la ciudad.

—¡Oh, no! No puedes hacerme eso a mí, Kent. Ellas quieren...

—Voy a aceptar el reto, Art. Ya te dije que la colocación de esa bomba era una declaración de guerra, y por todos los diablos que será una guerra como jamás han sospechado.

—¿Quiénes?

—Aún no lo sé.

Estuvo un rato en silencio. Luego, gruñó:

—¿Puedo echarte una mano?

—No, Art. Eso es asunto exclusivamente mío.

—Está bien. Espero que sepas lo que vas a hacer.

Dio media vuelta y se fue, refunfuñando.

Bajé al camarote y revolví entre las ropas que llenaban un estrecho armario. Al fin encontré la vieja «*Parabellum*» que había reposado allí desde que comprara el barco y sentándome a la mesa la cargué con todo esmero.

Era una sensación extraña volver a sentir en la mano el pesado contacto de la gran pistola automática. Cuando me devolvieron al mundo de los vivos, después del fiasco de Vietnam, pasé tres meses en un hospital navegando sin brújula entre la vida y la muerte. Según supe después, se habían cruzado apuestas entre los matasanos a mi costa. Las más altas eran las que me consideraban firme candidato a la fosa.

Les hice un feo trabajo a los que apostaron por mi muerte. Levanté cabeza y lo primero que pensé cuando pude volver a pensar, fue que jamás volvería a tocar un arma. Nunca más, pasara lo que pasase.

Luego lo olvidé. Pero de cualquier modo no había vuelto a sentir un arma en mis manos hasta ese momento.

No era una sensación agradable. El acero de la pistola era frío y desagradable. Sería aún peor si había que calentarlo disparando.

Me guardé la pistola bajo la camisa y me fui a los terrenos de cacería.

La gran ciudad.

CAPÍTULO VI

En una ciudad de las mayores del mundo como es Los Ángeles se mueve toda una extraña fauna humana.

Fracasados y resentidos, capaces de hundir a su propio padre si con ello obtienen a su vez seguridad. Ebrios de alcohol y amargura: toxicómanos, pederastas y soplones...

Lo que yo buscaba era un soplón.

Hice el viaje desde Long Beach sacándole al coche todo su genio. Así y todo llegué ya muy tarde. Mi hombre podía encontrarse a semejantes horas en cualquiera de los tugurios que jamás se incluyen en las guías turísticas de la ciudad, pero en los que se agita y vive esa morralla siempre a la caza de un dólar fácil o de un placer a tanto la hora.

Encontré prostitutas de todos los colores. Encontré tipos que vendían de todo, hasta ellos mismos. Pero no encontré al individuo que buscaba hasta dos horas después de haber iniciado la caza.

Se llamaba Brauks, era gordo y grasiento y si alguien sabía más que él del bajo mundo, yo aún no lo he conocido.

Estaba sentado en un rincón del local de billares, allí donde uno ya está casi metido en Wats y empieza a ver más negros que blancos. Tenía ante sí una botella de vino barato de California, casi vacía, y apenas levantó la cabeza cuando me senté ante él.

—Te vi entrar, Kent —dijo, sin embargo—. Caes que ni llovido del cielo porque estoy sin blanca.

—Eso tiene arreglo.

Deslicé diez dólares por encima de la mesa.

Los miró sin tocarlos.

—¿A cambio de qué? —indagó.

Tenía una voz atiplada que no encajaba con su voluminoso aspecto.

—Es sólo para abrir boca. Pide *whisky* y hablaremos.

—¿*Whisky* aquí? —Sacudió la cabeza—. No sabes lo que dices. Es puro veneno.

—Entonces, que sea vino.

Hizo una seña al mozo y pidió otra botella. Mencionó una marca determinada y supuse que sería mejor que la que ya había vaciado.

—¿De qué se trata esta vez? —farfulló.

—Espera que nos sirvan.

Trajeron el vino. No era malo. Ni bueno tampoco. Bebimos.

Entonces dije:

—Ben Mody y Sam Lance. ¿Has oído hablar de ellos?

—Sí. Están muertos.

—Eso ya lo sé. Los maté yo.

Levantó un poco sus párpados como bolsas y me miró fugazmente.

—Eso lo ignoraba —dijo, volviendo a abatir la cabeza sobre el pecho—. Los polis no dijeron nada más que estaban muertos.

—Quiero saber quiénes eran, para quién trabajaban, dónde vivían, si tenían queridas... Ya sabes, todo.

—La poli estuvo haciendo preguntas. Ya lo habrán revuelto todo.

—No importa. Puedo volver a empezar donde ellos lo dejaron.

—Allá tú.

Llenó otra vez el vaso hasta los bordes y lo bebió rápidamente.

—¿Es para otro asunto de seguros? —indagó después.

—No. Esta vez es personal.

—Bueno, allá tú —repitió cachazudamente—. Tenían queridas, como todo cuchillero que se respete. Bonitas nenas, te lo digo yo.

—¿Nombres?

—Vicky. Es rubia. La otra se llama Sandra y tiene el cabello negro. Ésta era la de Sam Lance.

—¿No sabes sus apellidos?

—Nadie sabe nunca los apellidos de esas fulanas... Pero tienen dos apartamentos en el Mogador.

—¿Y eso qué es?

—Una buena choza, al final de La Brea... Espera.

Se levantó, alejándose y bamboleando su enorme humanidad.

Cuando estuvo de vuelta traía un pedazo de papel con unas anotaciones.

—Aquí tienes las señas exactas. A menos que los polis las hayan enchiquerado estarán allí.

—Muy bien. Ahora pasemos a ellos.

—Ahí no sé qué decirte. Eran unos desgraciados con bastante dinero, aunque no sé de dónde lo sacaban. Siempre pensé que se contrataban esporádicamente.

—Debían trabajar para alguien, estoy seguro.

—Eso no lo sé.

—¿Quiénes eran sus amigos? ¿Teman otros compinches?

—No, que yo sepa. Y ya deberías saber que los profesionales del cuchillo son unos tipos muy especiales. Nunca son sociables.

Me recosté en la silla y encendí un cigarrillo.

El dijo:

—¿Cuánto crees que vale lo que te he dado?

—No más de veinticinco.

Hizo una mueca despectiva.

—Sólo porque dices que se trata de un asunto personal tuyo — accedió, magnánimo—. Si te pagaran los gastos esos ladrones de los seguros, no bajaría de cien.

—Lo tendré en cuenta para otra vez.

Se embolsó el dinero y, de pronto, dijo:

—¿Quieres comprar algo divertido? Sólo por diez dólares, Kent.

—¿De qué se trata?

Esbozó una mueca con su cara de luna llena. Sus ojillos húmedos chispearon y sacando algo del bolsillo, anunció en voz baja:

—Nunca viste nada igual, ni siquiera aquellas colecciones suecas que circularon hace un par de años.

Era una colección de fotografías porno en color.

Tenía razón. En mi vida había visto nada semejante.

—Brauks, no necesito esta basura para nada. Puedes comerte esa porquería y envenenarte con ella.

—Preferiría comerme esas nenas. ¿Viste alguna vez algo parecido?

—No, nunca. Ya te veré alguna otra vez.

Le dejé refocilándose en la contemplación de las fotografías y me largué.

El Mogador resultó ser una lujosa colmena de apartamentos de alquiler. Plantado en la acera me pregunté cómo era posible que un

par de gusanos como aquellos asesinos pudieran mantener el lujo de aquellos apartamentos para sus amigas.

Miré en los buzones y así supe qué apartamentos ocupaban ambas. Una luz discreta iluminaba el vestíbulo. A esas horas de la noche no había empleados allí, pero el vestíbulo debía permanecer abierto toda la noche porque con los centenares apartamentos el movimiento de entradas y salidas debía ser casi constante.

Tomé un ascensor y subí a la décima planta. Los dos apartamentos que buscaba estaban en ella.

Mi primera llamada no obtuvo resultado. La repetí y nadie acudió.

Probé suerte en el otro. Éste pertenecía a Sandra, cuyo apellido, según el buzón, era West.

La suerte me sonrió. La muchacha abrió la puerta, aunque dejando puesta la cadena de seguridad, de modo que me examinó a través de la rendija.

Era una soberbia morena de larga cabellera, senos demasiado grandes y un cuerpo lleno de curvas que apenas si disimulaba con aquella suerte de mosquitera con que se había cubierto.

—¿Quién diablos es usted? —barbotó.

—Me llamo Kent. Quiero hablar con usted, Sandra.

—¿A estas horas? Usted está loco si cree que voy a dejarle entrar.

—Dígame una cosa. ¿Vino la policía estos últimos días?

—Seguro. Todo un enjambre. Y no me diga que usted es polizone. No da el tipo.

—No. Pero puedo volver a traerlos.

—¿De qué habla?

—De los problemas que puedo proporcionarle si no me deja entrar y habla conmigo.

—¿Problemas con los polis?

—¡Ajá! Empieza a entenderlo.

—Ya me interrogaron. No encontraron nada contra mí.

—Yo puedo darles algo contra usted. Verídico o falso, eso no importa, pero lo bastante grande para que le echen mano.

Me miró sin alterarse demasiado. La dama se las sabía todas.

Pero su posición no debía ser muy segura. Gruñó entre dientes:

—Está bien.

Cerró la puerta, quitó la cadena y volvió a abrir dejándome paso.

Cerró otra vez tan pronto hube entrado. Cuando se volvió hacia mí me apuntaba con una pequeña pistola plateada.

—Le advierto que sé cómo se dispara este chisme —me dijo, recostándose contra la puerta cerrada.

—Cualquiera sabe disparar una pistola.

Me interné en el apartamento. No cabía duda que debía costar una pequeña fortuna todos los meses, y yo dudaba mucho de que aquel par de cuchilleros de mala muerte pudieran permitirse semejante despilfarro, teniendo en cuenta que las mujeres debían costarles también un buen pellizco.

Encontré una gran butaca de formas absurdas y me dejé caer en ella.

Sandra me había seguido. Estaba desconcertada. Quien empuña una pistola espera que el amenazado con ella se ponga a temblar, o por lo menos que pierda la serenidad. Cuando eso no ocurre sólo pueden hacer dos cosas: o disparar, o guardarse la pistola.

Sandra no hizo ninguna de las dos. Continuó vigilándome por encima del arma y se recostó contra la mesa.

—Ahora hable —dijo—. Sin rodeos, sin adornos. Al grano para que yo me entere de cuál es su juego.

—Yo maté a Sam Lance.

La pistola casi le cayó de la mano.

—¿Usted? —jadeó—. ¡Maldito sea! Y viene aquí y me lo cuenta. Debe estar chiflado.

Se apartó de la mesa y fue a sentarse en otra butaca, situada de modo que pudiera seguir vigilándome.

Encendí un cigarrillo y le dije unas cuantas cosas.

CAPÍTULO VII

Cuando callé, ella estuvo mirándome un buen rato. Aún sostenía la pistola apuntándome, pero ya no había fuerza ni tensión en su mano. Estaba muy preocupada.

—No le creo ni la mitad —murmuró.

Pero mentía. Había creído hasta mi última palabra.

—No importa lo que creas, Sandra. Lo que importa es lo que yo sea capaz de hacer para ajustar las cuentas a los responsables de la muerte de Nicole. Sé que fueron tu amigo y el otro, Mody, quienes la mataron. Bueno, ellos fueron las manos que manejaron los cuchillos, pero debe haber un cerebro que fue el que guió esas manos. Yo quiero volar ese cerebro de un balazo.

—Esas cosas no suceden hoy día. ¿De dónde diablos ha salido usted?

—No divagues. ¿Para quién trabajaba Sam Lance?

—No lo sé. Nunca quise saber nada de sus trabajos, ya tenía suficiente teniendo que soportarlo.

—Nada te obligaba a ello.

—Usted qué sabe...

—Volvamos al principio. Sam Lance trabajaba para alguien concreto. Alguien que tiene nombre, una cara, una voz. No puedes haber hecho vida íntima con él mucho tiempo sin que soltara algún dato, aunque fuera inadvertidamente.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nunca. No sé nada. No quiero saber nada. Me gusta vivir, lo crea usted o no.

—Y si hablasen, ¿no vivirías?

—Éste es un mundo sucio y vil. Una no sabe nunca lo que puede sucederle. No sé nada. Váyase.

—No sin adelantar por lo menos un paso hacia el asesino de Nicole.

—Nicole... ¿Qué había entre ella y usted?

Casi salté de la butaca.

—¿La conocías?

—De vista.

—Hacía cuatro años que no sabía una palabra de ella. Antes de ese tiempo fue algo muy querido para mí.

—Ya veo. Y ahora quiere vengarla, ¿eh?

—Ni más ni menos.

—Olvédelo, Kent, o como se llame. Saldrá ganando.

—Estás tomando muchos caminos marginales para huir del que me interesa seguir a mí.

—No es eso. Pero créame. Eso que usted intenta le hará daño. Es como destapar la caja de Pandora, ¿comprende?

La miré estupefacto.

—Hablas de un modo muy raro, Sandra.

—Y es todo lo que voy a hablar con usted. No sé nada de nada, pero aunque conociera toda la historia no se la diría. Y ahora, por favor, váyase.

Ya no me apuntaba con la pistola. Algo se había derrumbado dentro de ella y ese algo le dolía. No supe qué era, pero estuve seguro de que le dolía como una cuchillada. Todo su bello rostro se había tensado convirtiéndose en una máscara dura y deshumanizada.

Me levanté. Ella ni siquiera me miró.

—Sea lo que sea que ocultas —dije—, puede volverse contra ti cuando menos lo sospeches. Saldrías ganando confiando en mí.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Váyase —dijo tan sólo.

Abrí la puerta y salí del apartamento. Me entretuve encendiendo un cigarrillo hasta que llegó el ascensor. Cuando se abrieron las puertas, un hombre salió de él y casi se dio de narices contra mí.

—Disculpe —gruñó.

Entré en la cabina. Mientras las puertas se cerraban vi que se detenía delante del apartamento de Sandra.

El ascensor empezó a bajar. Esperé hasta que estuvo en la quinta planta. Entonces lo detuve y pulsé otra vez el botón del piso décimo.

Al llegar arriba miré a ambos lados. El pasillo estaba desierto.

Entonces sonó un apagado taponazo. Sonó detrás de la puerta de Sandra.

Salí del ascensor, se cerraron las puertas y lo envié abajo, vacío.

Me aparté de allí buscando un lugar desde el que dominar el pasillo sin ser visto. Sólo pude llegar hasta la escalera y entonces se abrió la puerta del apartamento de Sandra y el desconocido apareció. Miró arriba y abajo cautelosamente antes de salir.

Observé que dejaba la puerta casi cerrada. Casi tan sólo, porque no oí el chasquido del pestillo al caer.

Se fue recto hacia el apartamento de la otra muchacha, Vicky, y llamó con los nudillos.

Estaba impaciente. Repitió la llamada un par de veces y le oí mascullar algo entre dientes.

Cuando se cansó de esperar, retrocedió hacia el ascensor y pulsó el botón de llamada.

Saqué la «*Parabellum*» y me dejé ver.

—No te muevas —dije—. Este trasto hace mucho ruido y levantaríamos a todo el edificio.

Dio un respingo. Vi la lucecilla indicadora del ascensor que llegaba al piso anterior. El esperaba que se abrieran las puertas para precipitarse dentro antes de que yo hubiera llegado a su lado.

—No lo intentes —aconsejé—. Retrocede o te la ganas.

—¿Quién demonios es usted? Si se trata de un robo no...

—¿A ti qué te parece? ¡Retrocede!

Dio un paso atrás y luego otro. Las puertas automáticas del ascensor se abrieron ante él. Casi deseé que intentara algo.

—Vamos a entrar en ese apartamento otra vez —dije, señalando la puerta de Sandra.

Eso no le gustó. Yo hubiera podido jurar que sabía la razón de ese disgusto.

—Debe estar usted loco —gruñó.

—Tanto como para volarte la cabeza si no obedeces.

Llegué al lado del ascensor. Las puertas automáticas estaban cerrándose pasado el tiempo en que podían estar abiertas en un piso sin que nadie lo utilizara.

El las miró con evidente amargura. Aquellas puertas cerraban también sus esperanzas y lo sabía.

Le empujé con el cañón de la pistola hacia el apartamento del

que había salido.

—Adentro, y mantén las manos lejos de los bolsillos.

Empujó la puerta.

Entonces lo intentó. Dio un salto adelante, cerrándola de golpe.

Tiré del gatillo dos veces. La enorme pistola retumbó como un cañón y las balas abrieron dos hermosos agujeros en la madera mientras la puerta se cerraba.

Hicieron algo más de todos modos. Le oí gritar allá dentro, y luego escuché el batacazo que dio al caer.

Empezaron a salir gentes de los otros apartamentos. Caras tensas y asustadas.

—¡Llamen a la policía! —grité—. ¡Teniente Dobrak, de Homicidios!

Descargué un puntapié en la puerta, a la altura de la cerradura. Saltó con un seco crujido y me precipité dentro.

El tipo yacía de bruces. Breves sacudidas estremecían su cuerpo y la sangre se extendía bajo él.

Di un puntapié a una pistola equipada con un tubo silenciador que debía haberle caído del bolsillo y salté por encima de él.

Encontré a Sandra caída en la misma salita donde habíamos conversado minutos antes. Tena un feo agujero en la frente y estaba muerta.

Volví atrás y les di con la puerta en las narices a los curiosos vecinos que se agolpaban en ella. Luego me incliné sobre el asesino.

Aún respiraba, pero estaba acabándose a gran velocidad. Dos plomos de una pistola como la mía eran suficientes para matar un elefante...

—¿Por qué? —exclamé sacudiéndole—. ¿Quién te dijo que la mataras?

Me miró sin verme desde la violenta postura en que había quedado su cabeza.

—¿Quién, me oyes?

Vomitó un cuajaron de sangre, ahogándose. Debía tener perforados los pulmones, porque en su boca la sangre burbujeaba con un sonido repugnante.

—¿Quién? —insistí, sacudiéndole.

—No... sé... Flynn... dijo...

—¿Flynn?

—Mil... dólares... las dos...

—¿Quién es Flynn? ¡Responde!

—Harry...

De nuevo la sangre inundó su boca. Hubo como un rojo estallido entre sus labios y murió.

Cuando llegaron los primeros policías yo estaba sentado en una butaca, fumando. Dispararon sus preguntas a velocidad de vértigo. Eran simples patrulleros, así que les aconsejé que esperasen la llegada del teniente Dobrak.

Yo había hecho mal mis cálculos, porque el edificio Mogador entraba en la jurisdicción de la policía de Los Ángeles. Las cosas se pusieron bastante difíciles cuando llegaron los oficiales de Homicidios. Tardé casi una hora en convencerles de que yo no era el enemigo público número uno, y mucho más tiempo antes de que accedieran a llamar por teléfono a Long Beach, preguntando por el teniente Dobrak.

Les oí hablar en el cuarto vecino, y luego me llamaron.

—El teniente Dobrak quiere hablar con usted, Kent.

Tomé el auricular.

—¿Teniente?

—De modo que lo ha hecho otra vez —dijo con voz dura.

—Sí.

—Voy a entregarle a los perros, Kent. Será la única manera de mantenerle apartado del asunto.

—Debería ocuparse de que buscaran a la otra chica, antes de que la maten. Ese bastardo que ha matado a Sandra llamó también al apartamento de Vicky Neil, sólo que ella no está en su casa esta noche, de lo contrario...

—Le dije que dejara el trabajo de la policía para los policías. ¡Se lo advertí!

—De acuerdo, usted me advirtió.

—Y se ha cargado a otro tipo. ¿Qué cree usted que es esto, la guerra de Vietnam?

—Ojalá lo fuera.

—Muy bien, allá se las apañe con la policía de Los Ángeles.

—De modo que es así como lo quiere, teniente.

—Ni más ni menos.

—Ya nos veremos.

—Sí, en una celda. Diga al sargento que se ponga otra vez.

Le tendí el auricular al sargento y me aparté. El estuvo escuchando casi todo el tiempo. Sólo le oí algunos monosílabos y luego colgó.

Se quedó mirándome muy preocupado.

Yo dije:

—Antes de tomar ninguna determinación, ocúpese de que busquen a la otra chica o la encontrarán muerta, también.

—Eso ya lo dijo antes.

—Y no veo que me hagan mucho caso.

—Cada cosa a su tiempo. De momento, considérese «retenido» para un más extenso interrogatorio. Voy a llevarle a mi despacho y firmará allí su declaración. Entretanto veremos qué decide el fiscal respecto a usted.

No había escapatoria. La maquinaria policíaca puede ser o muy ágil o muy torpe, según las circunstancias.

Así que me trasladaron al despacho del sargento, y allí hube de repetir, una vez más, toda la historia ante un teniente, y luego esperar que el estenógrafo pusieras en limpio mi declaración por triplicado.

Firmé todas las hojas y me dejaron sólo en una sala de espera. Agoté mi provisión de cigarrillos.

Luego, casi al alba, reapareció el sargento.

—Usted dijo que un tal Brauks le había facilitado las señas de esas mujeres. ¿Fue así en realidad?

—Seguro.

—¿Dónde dejó usted a su informador?

—En un bar y salón de billares, en Wats.

—Ahora está muerto.

Lo soltó sin rodeos, supongo que para ver mi reacción.

Brauks no había significado nada especial para mí. Era sólo un soplón que utilizaba de vez en cuando. Sin embargo, la noticia de su muerte me anonadó.

—Alguien está empeñado en no dejar cabos sueltos —dije rechinando los dientes—. ¿Cómo le mataron?

—De un tiro en la nuca.

—¿Dónde le encontraron?

—En un callejón. Le habían tirado allí desde un coche en

marcha.

—Entiendo. ¿Qué han resuelto respecto a mí, me encierran o me dejan libre?

—Puede marcharse. Hemos mantenido una larga charla con la policía de Long Beach y creo que están interesados en hablar con usted.

—Ya saben dónde encontrarme para eso. Oiga, sargento... ¿le vaciaron los bolsillos a Brauks?

—No, nadie intentó robarle. Sólo se trató de una ejecución.

—¿Llevaba aún el dinero que yo le di?

—Le quedaban dieciséis dólares y algunos centavos.

—Ya veo... pagó las botellas de vino. Ojalá se hubiese emborrachado. Espero que sus hombres se diviertan contemplando las fotos, sargento.

Me fui hacia la puerta, alterado por la muerte del pobre gordo.

—Un momento, Kent.

Me volví y el sargento indagó, intrigado:

—¿Qué es eso de unas fotos?

—Las que Brauks llevaba en el bolsillo.

—Espere un minuto. Que yo sepa no le encontraron ninguna fotografía encima.

—Debió venderlas después de separarnos. Quiso endosármelas a mí por diez dólares.

—¿Vendérselas? Ya veo... Fotos porno, ¿eh?

—Y de qué clase, sargento. Cada maldita fotografía era una auténtica bomba.

—No las llevaba cuando le encontraron. Y si las hubiera vendido por diez dólares, aunque pagara las botellas de vino, hubiera conservado más dinero del que tenía en el bolsillo.

—Parece lógico...

—Bien, si necesitamos su testimonio otra vez le llamaremos, Kent. Habrá de declarar en la encuesta por esas dos muertes, y tal como están las cosas si yo fuera usted no me metería en más líos.

—Lo tendré en cuenta.

Al fin abandoné el edificio policíaco. Ya había amanecido y entonces hube de llamar un taxi para ir adonde había quedado abandonado mi propio coche...

CAPÍTULO VIII

Ya no había ningún alboroto en el Mogador. La policía se había retirado, y con ella las ambulancias y los curiosos.

Entré en mi coche y encendí un cigarrillo. Me supo a estiércol. Tenía la garganta seca, después de una noche en blanco.

Estuve reflexionando un poco. Veía el movimiento de la entrada del gran edificio. Gente entrando y saliendo, y el tráfico que se hacía más espeso por momentos.

Cualquiera de aquellas mujeres que penetraban en el Mogador podía ser Vicky Neil, y cualquiera de los hombres su asesino.

Habían decidido eliminar a las dos amigas de los cuchilleros. Eso demostraba que aquella gente no se paraba ante un asesinato más o menos. Y eso llevaba a pensar que lo que fuere que deseaban proteger era tan importante, de tal envergadura, que unas cuantas vidas humanas no tenían la menor importancia.

No podía hacer nada allí. Ignoraba cuándo aparecería Vicky, y si aparecía alguna vez. Por otra parte imaginé que los policías se ocuparían de localizarla. De modo que arranqué el coche de la acera y partí de regreso a Long Beach.

No tenía prisa, de modo que adopté una marcha moderada mientras continuaba pensando en el condenado problema.

Faltaban cinco o seis millas para llegar a mi destino cuando apareció el camión. Era un enorme mastodonte pintado de gris y me lo encontré rugiendo tras de mí como un monstruo desenfrenado.

No supe de dónde había surgido. Seguramente de alguna carretera lateral. El caso es que se echó encima de mí a tal velocidad que ya no me quedaba tiempo para eludirlo, ni acelerar. El estaba allí.

Instintivamente doblé el volante a la derecha y el morro del coche se hundió en la cuneta. Justo en aquel instante la aleta del guardabarros delantero del camión pilló la parte posterior de mi

auto y lo levantó, lanzándolo más allá de la cuneta dando tumbos.

Si me hubiera atrapado de lleno, tanto mi coche como yo mismo habríamos quedado aplastados como una simple lata de conservas. Del modo como sucedió, me vi dando tumbos, hasta que un violento choque nos detuvo, mi cabeza golpeó alguna cosa demasiado dura y todo se esfumó en medio de una vorágine de dolor y negrura.

Lo primero que oí fue una voz autoritaria que ordenaba a alguien que se apartara.

Luego, abrí los ojos y el resplandor del sol me cegó.

—No se mueva —dijo aquella voz—. Hay un médico en camino...

Era un policía de carreteras. Un tipo joven, de tez morena y ojos oscuros que parecía muy preocupado.

Yo también me preocupé, porque él sólo podía estar preocupado por mi estado.

—¿Qué sucedió? —dijo otra voz desde el otro lado.

Ladeé la cabeza. Otro patrullero. Naturalmente, pensé, viajan por parejas.

—El camión —dije con voz débil—. Se me vino encima.

—¿Qué camión?

—Uno grande, gris... quise esquivarlo, pero aún me golpeó en la trasera del coche.

—¿Y no se detuvo?

—Lo hizo adrede..., quería aplastarme. Por eso huyó cuando me hubo tirado por los aires.

Vi que cambiaban una mirada intrigada. El más joven gruñó:

—Oiga, amigo. ¿Se encuentra bien? Ha recibido un gran golpe en el cráneo...

—Y me duele como el infierno, pero sé lo que digo. El camión vino a por mí. No fue un accidente.

El más viejo dijo:

—Mejor que radies eso, Joe. Un camión grande, gris... ¿Recuerda usted algún otro dato?

—Sólo eso. Era enorme y de color gris. Sólo lo vi un instante en mi retrovisor y luego salté de la carretera.

—Ya lo oyes...

El joven se fue disparado hacia su coche. Le seguí con la mirada

y entonces descubrí la aglomeración de coches parados en la carretera y el grupo de curiosos.

Se oyó una sirena y medio minuto después una ambulancia se abrió paso hasta la cuneta. Dos hombres vestidos de blanco saltaron ágilmente de ella y otro vestido de paisano les siguió.

—Ya está aquí el médico, amigo —dijo el policía.

—Oiga, sólo tengo un gran dolor de cabeza. No necesito ambulancia alguna.

—Eso lo decidirá el doctor, ¿conforme?

—Lo decidió. Todo lo que yo padecía era un magullamiento general y un trastazo muy respetable en el cráneo.

—Afortunadamente tiene usted una cabeza muy dura —comentó el matasanos cuando se cansó de estrujarme el cuero cabelludo.

—Así que no necesito ingresar en ningún hospital...

—¿Para qué? La cabeza le dolerá durante unos días y luego, usted olvidará este susto.

—Eso, doctor, lo dudo.

No olvidaría aquel maldito camión en mi vida.

Me ayudaron a llegar a la carretera. La ambulancia se fue llevándose al médico. Los curiosos fueron dispersados por los patrulleros de los otros coches patrulla que habían llegado.

—Enviaré una grúa para retirar mi coche —dije—. Ahora, alguien debería llevarme a Long Beach.

—Nosotros lo haremos —dijo el patrullero que me había atendido desde el principio.

Me instalé en su coche. La radio runruneaba como una gata satisfecha. El más joven se sentó al volante y anunció:

—Hay denunciado el robo de un camión grande, gris y con matrícula de Los Ángeles. Desapareció esta noche pasada.

—Ahí tienen —dije—. Lo robaron para aplastarme...

—¿Quiénes, señor Kent, y por qué motivo?

—Eso sería muy complicado de explicar. Ni yo mismo lo sé.

No quedaron muy convencidos, pero me llevaron al muelle. Cuando me despedí de ellos se quedaron mirando mi barco boquiabiertos.

El teléfono estaba sonando cuando subí la pasarela, pero calló antes de que bajara al camarote.

Descendí la escalerilla. Necesitaba una ducha y dormir un poco.

Tumbada en mi litera estaba Marge profundamente dormida. Sólo llevaba encima la suave combinación y su hermoso cuerpo era como un desafío.

Estuve mirándola un buen rato, preguntándome qué infiernos estaría haciendo allí. Su vestido colgaba de la litera vecina, y había un bolso tirado sobre ella.

La dejé en paz y quitándome las ropas, me metí en la ducha.

Cuando salí del agua me envolví en una toalla de baño y regresé al camarote.

Marge tenía los ojos abiertos y esbozó una sonrisa.

—Debes haberte llevado una buena sorpresa, Alan.

—Ya puedes jurarlo. ¿Qué pasa, qué te hizo venir a pasar la noche aquí? Porque imagino que estarás aquí desde anoche.

—Sí. Tenía miedo.

—Eso es grande. ¿Miedo de qué?

Se incorporó lo justo para apoyarse en la litera con un codo. La combinación no era precisamente una gran cosa para cubrirla y comencé a fijarme más en su anatomía que en su voz. Era realmente bella.

—Vi a alguien vigilando mi casa —dijo de pronto—. Desde un coche.

—¿Quién era?

Suspiró largamente.

—Si dejas de fijarte en mí, quizá atiendas, querido.

—Mi examen era más bien contemplativo. ¿Qué decías?

—Desde un coche. Dos hombres.

—Vigilaban tu casa. ¿Es eso?

—Exactamente. Estaban allí, quietos, esperando. De vez en cuando dirigían miradas impacientes a mi puerta.

—¿Y...?

—Estuve más de una hora observándoles desde una ventana sin que ellos me vieran. Bueno, encendí una luz y me escabullí por la parte posterior. No sabía adónde ir y pensé en ti... Bueno, vine aquí. Pero tú no estabas. Tuve mala suerte.

—No fue mejor la mía. ¿Estás segura de que aquel par de individuos vigilaban tu casa?

—Desde luego, Alan. Dejé una luz encendida para que siguieran pensando que yo estaba aún allí.

Entonces se fijó mejor en mi aspecto desamparado y arrugó el ceño.

—¿Qué te pasa, no te sientes bien? —exclamó.

—Tuve un accidente. Un camión echó mi auto a la cuneta y me duelen todos los huesos.

—¡Oh, Alan, pudiste haberte matado!

—El médico dijo que tengo una cabeza muy dura. Ni siquiera sangré.

—Creo que me vestiré ahora...

—Por mí no te precipites. Báñate si quieres. Yo iré a vestirme al otro camarote.

—Muy bien. ¿No te importa que invadiera tu barco?

—No, mientras no lo tomaras al abordaje. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras en tanto estudiamos la situación.

Fui a vestirme y luego entré en la cocina. Preparé café, mantequilla, tostadas y mermelada. Ni la más hacendosa ama de casa lo hubiera hecho mejor.

Cuando Marge apareció sin pizca de maquillaje me pareció radiante.

—Huelo a café desde hace rato —anunció—. Eres un sol, querido.

—No me pongas nervioso.

—Empiezo a considerar la idea de seducirte. Sólo para que me hicieras el café cada mañana...

Subí todo el equipo a la toldilla, bajo la lona que servía de toldo y desayunamos con buen apetito.

Después encendí dos cigarrillos, le pasé uno y entonces dije:

—No fue un accidente, Marge. El camión se precipitó sobre mí para matarme.

Desorbitó los ojos y no atinó a replicar.

De modo que añadí:

—Antes lo intentaron colocando una bomba en los motores del yate. La descubrí a tiempo.

—Así que también quieren matarte a ti, como a Nicole...

—Y posiblemente también a ti.

Asintió con un gesto. Palideció, por supuesto, pero no pareció alterarse demasiado.

—Alguien quiere eliminar a todos los que tuvimos algún

contacto con Nicole —dijo, pensativa.

—Así es. Y aún hay más... Mataron a otra mujer en Los Ángeles. Era la amiga de uno de los asesinos de Nicole.

—¿Esos hombres que mató la policía?

—¿La policía?

—Claro. Lo leí en el periódico.

—¿Y decían que los había matado la policía?

Arrugó el ceño, reflexionando.

—Bueno, no creo que lo dijera explícitamente. Pero se sobreentendía.

—Los maté yo, Marge.

Casi saltó por la borda, con el respingo que dio.

—¿Tú? —jadeó.

—A ellos, y al asesino de esa mujer de Los Ángeles.

—¿También lo...?

Asentí con un gesto. Apenas reconocí mi voz cuando añadí:

—Y no serán los únicos, Marge, porque ahora quiero cazar al que dispuso la muerte de Nicole.

—¿Sabes quién fue?

—No, pero lo averiguaré.

Estuvo mirándome un rato con sus grandes ojos muy abiertos. Trató de sonreír y fracasó.

—No comprendo qué está sucediendo —dijo al fin con voz quebradiza—. ¿Por qué matar a Nicole, y a esa otra mujer, y tú, y yo...?

—No lo sé. Nadie lo sabe de momento.

—Es monstruoso, Alan.

Lo era. Pero aceptándolo así no ganábamos nada, sólo adquirir la certeza de que detrás de tanta sangre y tanta muerte se ocultaba algo tan grande que era imposible imaginarlo.

—Desde luego, me quedará aquí, contigo —dijo resueltamente—. ¿No es sorprendente? Sólo me siento segura junto a ti, y sé que también quieren matarte.

Encendí otro cigarrillo y me dejé deslizar hacia atrás en la tumbona. Permanecí así, en silencio, la mirada perdida en la azul inmensidad del cielo sin nubes.

Entonces empezó a llamar el teléfono una vez más. Esta vez salté hacia las escaleras y atrapé el auricular a tiempo.

—¡Hable! —dije—. Aquí Kent.

—Es usted un tipo afortunado, Kent.

Era una voz desconocida. Tenía una cualidad letal y extraña, tan amenazadora como una pistola amartillada, a pesar de que no había gritado, ni amenazado.

—Ya lo sé. El póquer se me da de maravilla.

Mi réplica le hizo reír.

—Hasta la más increíble racha de suerte se termina, Kent, y la suya se acabó. Dé un solo paso más en la dirección equivocada y toda la suerte del mundo no le salvará. Esta vez nada podrá evitar que usted muera.

—Ya veo. Sólo con que dé un paso, ¿eh?

—¡Ajá! Oiga, desgraciado. Usted tiene dinero. Dedíquese a disfrutar de la vida, si no quiere perderla. Sabemos que hace todo eso para vengar a Nicole, de la que estuvo enamorado. Bueno, ella ha muerto. ¿Para qué preocuparse? Apártese del asunto y vivirá. Cometa otra tontería y morirá. Usted, y esa dama que le acompaña a bordo de su acorazado. Piénselo. Ella también.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Regresé a la toldilla muy preocupado. No tanto por la amenaza contra mí, sino por el riesgo que pudiera correr Marge.

Ésta dijo cuando me derrumbé sobre la tumbona:

—¿Malas noticias, Alan?

—No fueron buenas.

—¿Quién era?

—No se presentó. Esos hijos de perra, nunca lo hacen. Pero saben que estás aquí. Conocen todos nuestros movimientos, lo cual indica que mantienen este yate bajo vigilancia.

Se estremeció visiblemente.

—¿Te han dicho algo de mí?

—Sí. También estás incluida en su lista..., si yo no me estoy quieto.

—Comprendo. Tú vas a seguir adelante.

—Desde luego que sí, pero adoptando algunas precauciones para que no lo adviertan. Incluso es posible que ese tipo del teléfono haya cometido un error...

—¿Qué clase de error?

—Sabía mucho de Nicole y de mí. Podía saber de ella, si la trató

durante esos últimos años, pero no de mí. Dijo que yo luchaba por vengarla, porque estuve enamorado de ella. ¿Cómo puede saberlo?

—No lo sé, pero deben haber hecho averiguaciones, creo yo.

—¿Para qué?

—No sé...

—No. Yo dije en casa de esa mujer a la que mataron después, que quería vengar a Nicole porque ella había sido algo muy querido para mí. Sólo así pudieron saberlo.

—No lo entiendo.

—Un micrófono. Tienen micrófonos ocultos en los apartamentos de esas chicas. Quizá los había lambida en casa de Nicole, no pensé en eso cuando busqué por allí.

—Sería..., sería algo incalificable.

—Es más incalificable aún la muerte de Nicole.

—Ciertamente, pero...

—Mira, no te devanes los sesos. Vete abajo y busca en la guía telefónica el nombre de Harry Flynn.

—¿Quién es ese Flynn?

—No puedo estar muy seguro, pero creo que es el hombre que envió al asesino para matar a Sandra.

—Vamos los dos y será más fácil.

—Alguien tiene que quedarse aquí. ¿Olvidas que tenemos espectadores de nuestra actuación? Deben ver a un protagonista por lo menos.

—Entiendo.

Se fue a las entrañas del buque y yo me quedé allí, fumando y paseando con disimulo la mirada por el muelle y las embarcaciones próximas.

Conocía a todos los propietarios de barcos y yates del club, así que quien fuera que vigilaba no era ninguno de ellos.

Descarté los yates.

Sólo podía estar en el muelle.

Se extendía una explanada abrasada de sol, hasta donde se alzaban los cobertizos que servían de aparcamiento. Pensé en mi coche inutilizado y en que aún no me había ocupado de él.

Desde uno de los coches, quizá. Desde donde yo estaba era imposible ver si en algún auto había alguien dentro, esperando.

¿O quizá desde el propio club?

Él edificio no quedaba lejos, pero no pude aceptar la idea de que alguien se hubiese colado allí con ánimo de espiar. Sólo los socios y sus invitados tenían acceso a los salones de la planta alta.

No me di cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo hasta que Marge regresó. Traía un papel doblado en la mano.

—Hay dieciséis Flynn —anunció—. Dos se llaman Harry, y otro tiene una H en el nombre.

—¿Hay más con la H inicial?

—No.

—Será más fácil de lo que imaginaba.

—¿Y cómo piensas salir sin que te vean?

—Hay muchos sistemas. Ya te ilustraré cuando llegue el momento.

Guardé el papel. Reinó un largo silencio. De pronto, Marge dijo:

—A ti no te importa matar, ¿verdad, Alan?

—No digas tonterías.

—Hablas de esos hombres a los que mataste con absoluta indiferencia...

—Eran asesinos. Los asesinos de Nicole. ¿Qué esperabas, que sintiera remordimientos por su muerte?

—No, ya imagino que no.

La miré intrigado. Estaba a mi lado, muy próxima a mí. Tanto que podía percibir el aroma vital de su cuerpo huérfano de afeites y maquillaje.

Me pareció como si la viera por primera vez. Como si nunca hasta ese momento hubiera captado el poderoso influjo sensual que emanaba de ella.

Tal vez fuera que su figura resultaba engañosa a primera vista, hasta que uno caía en la cuenta de que eso era debido a los severos vestidos que llevaba. Era el atuendo adecuado para su trabajo en una compañía de seguros.

Sin embargo, su aspecto era tan rotundamente saludable que realizaba la línea breve de su cuerpo delgado y elástico. Sus piernas eran largas y sus movimientos semejantes a los de un joven animal salvaje.

—No me mires así —dijo—. Haces que me sienta poco menos que desnuda ante ti.

—Estoy sorprendido, Marge. Es asombroso que no te haya visto

cómo eres hasta ahora mismo.

—Quizá se deba a que antes no veías más que la imagen de Nicole grabada en tu corazón.

—No sé. Sin embargo, es bueno mirarte, sentirte cerca.

Levantó la cabeza. Una leve sonrisa aleteó en su boca.

—También a mí me gusta estar cerca de ti, vagabundo.

Estiró el cuello para que la besara. Lo hice y resultó tan natural como el hecho de respirar, como si siempre hubiera sido así y aquel súbito estallido de fuego que ardió en su boca fuera el que cada día, cada minuto, había encendido en mí la hoguera del deseo y del amor.

Al inclinarme más sobre ella, la tumbona se volcó a un lado y los dos nos abrazamos estrechamente, nuestras bocas unidas y ya no pensamos en nada más.

CAPÍTULO IX

El primer Harry Flynn que investigué era un respetable ejecutivo de una compañía de publicidad. No ofrecía muchas posibilidades y lo descarté pronto.

El segundo regentaba un salón de billares y alquilaba habitaciones en la temporada en que los turistas llenaban Long Beach hasta los topos.

Éste me pareció más acorde con el tipo que yo había imaginado, de modo que despedí el taxi que me había llevado hasta el local y me quedé en la acera, lejos del más cercano farol, pensando en la mejor manera de abordarlo.

Si se trataba del hombre que había enviado al asesino de Sandra, habría que andar con mucho tiento. Bien podía conocerme puesto que yo estaba también en la lista de futuros cadáveres.

Además, me encontraba sin más armas que mis manos, porque la policía de Los Ángeles se había quedado con mí «*Parabellum*».

Entré al fin. Una niebla espesa y acre flotaba llenando el gran local. El chocar de las bolas en los billares aumentaba la confusión de voces de los parroquianos.

Atrapé un atareado camarero casi al vuelo.

—Busco a Flynn —dije, sujetándolo—. ¿Quién es?

—¡Caray, suélteme, hombre! Tengo un trabajo de locos... Harry es el que está en la caja.

Se escabulló como una rata, sorteando la multitud.

Harry Flynn era un individuo alto, delgado, pero con esa delgadez engañosa que esconde la firme musculatura de alguien mucho más fuerte de lo que aparenta. Tenía un rostro redondo, de piel tan blanca que daba grima. En contraste, sus ojos eran muy negros y astutos.

Pedí una cerveza en el mostrador y dejé pasar el tiempo mezclado con los mirones de las mesas de billar. Era un espectáculo

aburrido para mi gusto, pero no podía abordar a Flynn abiertamente en medio de toda aquella gente, la mayoría de los cuales se pondrían de su parte si las cosas se ponían calientes.

Casi una hora más tarde le vi hablar con uno de los mozos del mostrador, quien ocupó su puesto ante la caja. El salió de la barra, se abrió paso entre el gentío y parándose ante una puerta que había al fondo del establecimiento, la abrió con una llave colándose dentro.

Le seguí y tanteé el tirador con cuidado. La puerta se abrió cosa de una pulgada. Oí la voz del hombre hablando por teléfono.

Abrí la puerta lo justo para entrar, me colé dentro y en dos saltos estuve junto a la mesa.

Me miró sobresaltado, colgó el teléfono y lanzó la mano hacia un cajón.

Le golpeé el brazo a la altura del bíceps con el filo de la mano. Soltó un aullido y el brazo le cayó inerte, dejando escapar el revólver que había conseguido empuñar.

Lo recogí del suelo y lo amartillé al girarlo hacia él.

—Bueno, Flynn —dije—. Portémonos como seres civilizados, si te parece.

—¿De qué manicomio ha escapado usted, hijo de perra?

—Te lo contaré después. Ahora, no te muevas mientras corro el pasador de la puerta para que no nos interrumpen... Si haces el menor movimiento, irás a reunirte con tu buen amigo difunto.

Cerré la puerta con el pasador. El gruñó:

—¿De qué está hablando? Eso es chino para mí.

—He mencionado al expeditivo individuo que le metió un plomo a Sandra en los sesos.

Eso le dolió. Luchó como un héroe para disimular el golpe recibido, pero durante un fugaz instante el pánico se desbordó de sus ojos.

—¿Quién...? —carraspeó, para afianzar su voz—. Está hablando de cosas que no entiendo. ¿Quién es Sandra?

Me acerqué a él balanceando el revólver. Se sostenía el brazo derecho con la mano izquierda porque aún lo tenía insensible, incapaz de moverlo.

—Voy a decirte algo, Flynn, y espero que no lo eches en saco roto, porque si lo haces así, me obligarás a hacerte daño de verdad.

Tu hombre habló antes de reventar. Le metí dos plomos de una «*Parabellum*», de modo que de cualquier modo estaba listo. Pero antes de irse al infierno, tuvo tiempo de decir algo. Tu nombre, y mil dólares por las dos, o algo así. ¿Vas comprendiendo?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Aún estaba moviéndola, cuando le golpeé con la mano izquierda. Su clavícula crujió como una caña que se rompe. El lanzó un aullido y derribó el sillón hacia atrás.

Le agarré por los cabellos, levantándole de un tirón.

—Aún no he terminado, Flynn —le advertí amablemente.

Tenía los ojos desorbitados. Enderecé el sillón y le arrojé sobre él, donde quedó sentado otra vez.

—Hay algo más aún... Yo estuve hablando con Sandra poco antes de que llegara tu mensajero. La chica dijo una frase que aún no he comprendido. Dijo que si yo continuaba investigando, escarbando en este asunto, me haría daño a mí mismo, dijo que sería como si destapara la caja de Pandora. ¿Qué quiso decir con eso?

—¿Cómo voy a saberlo? Esas fulanas están chifladas...

—De modo que ya reconoces que sabes quién era Sandra. Eso ya es algo.

—Yo no he dicho eso.

Se interrumpió para soltar otro quejido. La clavícula rota se había unido a su primitiva fuente de dolor.

—Y aún quedan más cosas que mencionarte, Flynn... Me encuentras en una de mis noches comunicativas. Atento a esos dos nombres... ¿Listo? Ajá. Sam Lance y Ben Mody.

De nuevo el sobresalto le delató.

—Las enviaste tú a matar a Nicole, camarada.

—Pero ¿qué diablos cree que soy, la peste? Primero esa Sandra y ahora una tal Nicole. Está chiflado, bastardo.

—Ya sé que lo último que se pierde es la esperanza, pero en este caso, ya no te queda ninguna. Yo maté a Mody y a Lance. Y a tu tercer enviado. Ahora, ya sólo me quedas tú.

Sacudió la cabeza, desesperado.

—¿Por qué quiere matarme? No conseguirá nada con eso. Sea lo que fuere que está diciéndome, se ha equivocado conmigo. Ese hombre al que dice usted que mató debió referirse a otro Flynn... Es

un apellido muy corriente...

—Claro, claro.

Empujé el sillón, apartándolo de la mesa. Ahora, el tipo no podía mover tampoco la izquierda, porque era el lado cuya clavícula estaba partida por la mitad.

—Pórtate bien, Flynn. Estoy impaciente por volarte los sesos. Sólo dame un motivo..., un pequeño motivo y te mueres.

Revisé los cajones del escritorio. Había infinidad de papeles en impresionante revoltijo. Facturas del negocio, albaranes, matrices de talonarios de cheques...

Hizo otro esfuerzo por serenarse, para ahuyentar el miedo, y gruñó:

—Dígame qué está buscando y acabemos. Se lo daré, pero quiero que se largue de una vez..., necesito un médico.

—Cuando yo termine contigo, sólo vas a necesitar el sepulturero.

Revolví todos aquellos papeles. En realidad, no sabía concretamente qué buscaba. Pero el tiempo trabajaba a mi favor, porque Flynn se descomponía por instantes.

De pronto, entre todo el papeleo encontré una pequeña libreta de tapas negras. Estaba al fondo de un cajón y de no haber, sacado primero todos los papeles, no la hubiese encontrado.

La hojeé. Había largas relaciones de nombres y direcciones correspondientes a gentes de multitud de ciudades distintas.

—¿Qué es eso, Flynn? —le espeté.

—No tiene nada que ver con usted. Tengo amigos en todas partes.

—Podrían ser asesinos a los que echar mano en cualquier momento..., pero son demasiados. Todo un ejército. Si no son asesinos, tal vez sean distribuidores. Drogas. ¿Es eso?

Sacudió la cabeza. El dolor debía ir en aumento, porque su cara estaba contraída por una mueca. Su voz era ronca cuando dijo:

—No sea idiota..., nunca he negociado con drogas...

—Entonces, ¿quiénes son esos individuos? Los hay en todas las grandes ciudades del país, según esta lista.

—Ya se lo dije..., amigos míos...

—Eres muy popular.

Me guardé la libreta en un bolsillo. Balanceé el revólver ante sus

narices.

—Estoy considerando la idea de liquidarte de un tiro, o rompiéndote el cuello, Flynn. No creo que desde el salón de billar oigan un disparo con todo el marmagnum de voces y chocar de las bolas.

Miró el revólver con ojos extraviados. El gatillo estaba levantado. Solo tenía que dar un poco de presión al disparador y su cabeza estallaría.

—¡No dispare! —jadeó—. ¿Qué clase de loco es usted, maldito sea?

—De la clase que va a enviarte al infierno.

En aquel instante sonó el teléfono. Lo levanté sin dejar de vigilarle y gruñí algo por el auricular.

Una voz bronca, preguntó:

—¿Flynn?

—Sí.

—Ya la tengo. Está en un motel, en la carretera de San Bernardino, pero se inscribió con otro nombre... Ann Dusty.

—Bien...

—¿Qué hago? Hay mucho movimiento aquí.

—¿Qué motel es?

—El Palmeral.

—Espera un poco. Vuelve a llamar dentro de una hora.

—Bueno.

Colgó. Empecé a reflexionar aprisa. Flynn me miraba contorsionado por el dolor.

—Un amigo tuyo ha localizado a una chica —dije—. Se inscribió en un motel con nombre supuesto y quiere saber qué tiene que hacer, porque hay mucho movimiento. ¿Otro matarife tal vez?

—No lo sé..., usted habló con él.

—Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Le apunté a la sien. Su mirada se volvió estrábica, no sé si por el pánico o por su intento de mirar el cañón del revólver.

—¡No lo haga! —jadeó—. Se lo diré...

—Ya es tarde.

—¡No! Tiene que creerme. Yo sólo paso las órdenes. Me pagan y nunca sé quiénes son mis «clientes».

—Eso es lo que te va a matar, esa ignorancia.

—¡Estoy diciéndole la verdad! Tengo conocidos..., algunos especialistas. Si alguien quiere librarse de un tipo, me llama por teléfono, me da el nombre y la dirección y eso es todo. Yo espero recibir el dinero acordado y entonces envío a cualquiera de los tipos. De este modo, los que hacen el «encargo» no corren ningún peligro... y pagan mucho más dinero por esa seguridad.

Chasqué la lengua con disgusto.

—Eso será muy malo, Flynn, porque yo quiero echar mano del que te ordenó matar a Nicole. Si no lo conoces, me conformaré liquidándote a ti, así que piénsalo durante un minuto. Es todo el tiempo que te queda.

Gimoteó lleno de terror. Al fin había comprendido que no tenía escapatoria. Eso, y el dolor del hueso rato desmoronaban sus defensas mentales.

—Ha pasado el minuto —le advertí.

Estuvo mirándome fijo unos instantes. Su cara se puso gris.

—¡Le dije la verdad, así es como trabajo! Si ahora llamara alguien haciéndome un «encargo» se convencería...

De pronto la idea estalló en mi cerebro como un cohete.

La chica del motel, la que alguien había localizado...

—Flynn, vas a quemar el último cartucho, tu última esperanza. Esa mujer que han localizado, ¿es Vicky Neil?

Aún vaciló, pero sabía que estaba perdido.

—Si —murmuró.

—¿Quién es el tipo que ha telefoneado?

—Se llama Roy Linch.

—¿Qué coche lleva?

—Un «Ford Galaxy», negro.

—Debería matarte, Flynn. Volarte tu podrida cabeza, pero tal vez sea peor para ti que sea la policía quien te eche el guante, porque pasarse el resto de la vida en una celda resulta peor que terminar de una vez.

Un chispazo de esperanza relampagueó en su mirada.

Me guardé el revólver en el bolsillo. Luego le golpeé detrás de la oreja. Sus ojos giraron en las órbitas y se desplomó.

No fue un golpe mortal porque controlé el impulso. Pero de haberle golpeado con la debida fuerza, le hubiera astillado el hueso, incrustándoselo en el cerebro.

Fui hacia la puerta y salí sin prisas. Nadie se fijó en mí cuando cerré la puerta por fuera y me llevé la llave.

CAPÍTULO X

El taxista me miró con suspicacia cuando le pagué el servicio, en plena carretera de San Bernardino.

—No encontrará taxis para regresar —dijo, embolsándose el dinero.

—Tengo un coche ahí —señalé el anuncio luminoso del motel.

Gruñó algo y se fue. Esperé a ver desaparecer las luces rojas en la distancia y entonces di un rodeo para no pasar por la iluminada entrada del establecimiento.

Era uno de esos lugares donde hay un gran edificio de pequeños apartamentos individuales, una piscina, y la oficina de la administración junto a la entrada.

Más allá del edificio, entre los árboles, se alzaban también algunas cabañas de madera falsamente rústicas. Un largo cobertizo de palmas secas servía de aparcamiento a los coches de quienes ocupaban los apartamentos. Los de las cabañas podían acomodar sus autos en la parte trasera de cada una.

Busqué un «Ford Galaxy» negro. Estaba al fondo del aparcamiento y no había nadie en él.

Abrí la portezuela y tanteé el tablier. Las llaves estaban puestas en el encendido. Me apoderé de ellas antes de dirigirme a la recepción.

Había una mujer gorda detrás del mostrador. Decir que era gorda no es decir nada. Parecía que la hubieran hinchado como un globo presto a emprender el vuelo. Su cara grasienta se volvió hacia mí.

—No oí su coche —dijo, aburrida.

—Vine en taxi.

—¿Solo?

—Ella está esperándome. Se llama Ann Dusty.

—Oh, la chiquita rubia... Cabaña veintidós. Pero ella pagó por

adelantado una sola pieza, de modo que son treinta dólares más, señor.

—Claro...

Pagué. Cuando hubo guardado el dinero, yo ya no tenía ningún interés para ella y volvió a dormitar en su sillón.

Salí y me alejé hacia las cabañas, procurando moverme en las sombras. En alguna parte, un asesino profesional estaba agazapado, esperando que pasara el tiempo para llamar a Flynn y recibir instrucciones.

Se oía la música de una radio. En otra cabaña, un televisor portátil dejaba oír también las voces de una película.

Sentados en los porches de algunas cabañas, a oscuras, mataban el tiempo algunas parejas en espera de irse a la cama. Oía también sus voces quedas, y alguna risa contenida.

Las cabañas estaban bastantes próximas unas a otras para aprovechar mejor el terreno. Eso debía haber inquietado al asesino, porque un grito de una mujer, levantaría en pie a un montón de gente.

La número veintidós tenía luz en una ventana, aunque había una cortina que impedía ver el interior. Me agazapé en las sombras intentando descubrir al hombre que la vigilaba.

No pude ver a nadie. Era preciso correr algún riesgo después de todo, de modo que me planté en la puerta y llamé.

Una voz temblorosa balbuceó al otro lado:

—¿Quién es?

—Kent. Déjeme entrar.

—No conozco a nadie de ese nombre. Váyase.

—Escuche, Vicky, hay un asesino vigilándola. Quiero sacarla de aquí, abra la puerta.

—¡No!

—Soy el hombre que mató a los asesinos de Nicole, y al de Sandra. Debe confiar en mí y darse prisa. No tenemos mucho tiempo.

Esta vez no respondió. Comprendí el terrible dilema en que la muchacha debía debatirse.

—¿Cómo sé que es quien dice ser? —murmuró al final, pegada a la puerta.

—No puede saberlo a menos de confiar en mí.

—¿Cómo dijo que se llama?

—Alan Kent. Soy investigador privado. Le pasaré mi credencial por debajo de la puerta.

Lo hice y eso la confió. Abrió la puerta y no había ninguna luz en la entrada.

Me colé dentro y recuperé mi credencial, cerrando inmediatamente. En las tinieblas, sólo pude ver el suave reflejo de su cabello rubio.

—¿Cómo me encontró usted? —balbució.

—Fue el asesino que la rastreaba quien la localizó. Llamó a un tal Flynn pidiendo instrucciones y yo estaba allí, apretándole las clavijas. Así fue cómo supe que usted aún estaba viva.

—Venga...

Entramos a la estancia iluminada. Di un vistazo a la ventana cubierta por la cortina.

—No puede estar lejos —dije—. Si me ha visto entrar, estará llamando a Flynn otra vez. No tiene usted coche, ¿verdad?

—No..., vine en un taxi.

—Lo mismo que yo. Pero utilizaremos el auto de ese fulano, aunque habrá de abandonar el equipaje.

—No traje casi nada, pero quisiera saber qué se propone.

—Llevarla a lugar seguro y una vez allí, hablar a fondo de lo que sea que signifiquen todas esas muertes. ¿Conocía a Nicole?

—Sí...

—¿Tiene otra salida la cabaña?

—Hay otra puerta en la cocina.

—Saldremos por ella. Apague la luz.

Quedamos a oscuras y ella se apretó contra mí, mientras íbamos hacia la cocina.

Era una muchacha joven, delgada y de curvas descaradas allí donde debían serlo. Y a pesar de la tensión y el miedo, su cara era bonita, aunque la expresión de sus ojos fuera amarga y vieja, como si ya hubiera visto todo lo feo y corrompido de este mundo.

Abrí la puerta de la cocina y atisbé fuera. No se distinguía nada a dos pasos de distancia, excepto los troncos de los árboles.

Saqué el revólver. En voz baja, le advertí:

—No te despegues de mi pase lo que pase. Y si hay que correr, no te sueltes de mi mano. ¿Entendido?

—Sí..., pero tengo mucho miedo.

—Yo también. Vamos.

Nos alejamos velozmente. Si el asesino estaba en el teléfono, las cosas serían fáciles. Si no...

Apreté el revólver en la mano. Llegamos al coche y empujé a la muchacha hacia el asiento.

—Todo va bien, Vicky —la animé.

Rodeé el auto para instalarme ante el volante. En aquel instante sonó un sordo taponazo y una bala hizo un extraño ruido al atravesar el metal de la carrocería.

Me tiré de bruces junto al coche. Cuando el tipo disparó por segunda vez, vi el fogonazo junto a los primeros árboles.

Apreté el gatillo y el 38 de Flynn bramó con un estruendo ensordecedor en la quietud de la noche. Hice otro disparo, obligando al pistolero a mantenerse a cubierto y tras esto, me deslicé dentro del coche, inserté la llave en el encendido y puse en marcha el motor.

—¡Animo, Vicky..., lo conseguiremos!

—¡Aprisa, aprisa...!

El cristal de una ventanilla saltó en diminutas partículas. Otra bala hizo chascar la carrocería cuando ya sacaba el coche de entre los demás. Se encendían luces por todas partes y sonaban gritos.

Disparé de nuevo sin la menor esperanza de acertarle al tipo. Pero el hombre debía estar desesperado ante su fracaso, porque le vi correr al descubierto, una sombra oscura agazapada y de cuya mano brotaron dos fogonazos más. Oí el zumbido de las balas.

Apoyé el revólver en la ventanilla, contuve el aliento y disparé.

El asesino se detuvo en seco, trastabilló y aún hizo otro disparo sin tino, hacia los árboles. Yo también disparé una vez más y el proyectil le empujó, derribándole definitivamente.

Puse las manos en el volante y salí disparado. Las gentes que salían de las cabañas y los apartamentos se mantuvieron lo bastante lejos del coche para que yo pudiera llegar a la salida sin tropiezos.

Enfilé la carretera con el acelerador a fondo, el motor zumbando suavemente y las llantas aullando sobre el asfalto.

—Lo conseguimos, Vicky —exclamé, recostándome en el asiento.

—No...

Algo en su voz me hizo frenar y volverme hacia ella.

—¡Vicky!

—Pare..., me muero..., Kent.

—¡Oh no, Dios!

Saqué el coche de la carretera y lo detuve bruscamente. Encendí la luz del vehículo y me incliné sobre ella.

Tenía un feo orificio en el costado izquierdo, casi bajo el nacimiento del pecho. La sangre empapaba su blusa. Me miró desamparada, la cabeza recostada en el respaldo.

—Tenía que... suceder —musitó.

—Calma. Te llevaré al hospital. Sólo espera que te sujete bien.

Le coloqué el cinturón de seguridad, apretándolo todo lo que pude. Ella movió la cabeza.

—Es inútil... ¿Kent?

—Sí.

—¿Qué..., qué era Nicole...?

Manejé el coche hacia el asfalto. Rechinando los dientes, hundí el acelerador hasta el fondo y lancé el «Ford» en una carrera suicida hacia la ciudad.

—Hace unos años —dije—, vivió conmigo. Nos quisimos mucho.

—¿Y...?

—Se fue, pero yo nunca pude olvidarla.

—Com... prendo. Nos atrapan como a insectos..., no es posible... escapar...

La miró fugazmente, porque toda mi atención se concentraba en mantener controlado el coche a semejante velocidad.

—¿Qué quieres decir?

—Es algo tan..., tan sucio...

Pensé que lo comprendía sin más palabras y el rencor se acentuó. Las convertían en carne de placer, en objetos al servicio del más canallesco comercio de este mundo: la explotación de las mujeres con la prostitución organizada y controlada.

—Comprendo. No hables ahora, Vicky.

—No... comprende..., no es... como piensa...

De un cruce salieron rugiendo dos agentes motorizados de carreteras. Sus sirenas berrearón como demonios mientras yo aflojaba un poco la marcha.

Uno me rebasó, mientras el otro se mantenía en la trasera. Me

hizo señas de que parara en el arcén y le obedecí.

El guardia se acercó con la mano sobre la curva culata de su revólver.

—¿Sabe usted a qué velocidad viajaba, señor? —me espetó.

—A cien millas por hora. Mire, esta mujer está gravemente herida de bala. Hay que llegar al hospital cuanto antes.

Dio un respingo y metió la cabeza por la ventanilla. Vio la sangre y ya no perdió más tiempo.

—Bien, le abriremos paso..., pero mantenga el control del coche en todo momento. Si corremos demasiado, haga señas con los faros...

Eché a correr hacia su compañero. Yo dije:

—¿Oíste, Vicky? ¡Van a ayudarnos..., ten calma!

—Tú..., tú..., no deberías hacer eso.

—¿Qué?

—Escarbar..., abandónalo todo, Kent..., déjame a mí...

—Estás delirando.

Las motos rugieron delante de mí. Hundí el acelerador a medida que los dos patrulleros aumentaban la velocidad, las sirenas aullando al viento y a la noche como si quisieran alejar la sombra negra de la muerte que flotaba sobre mi coche.

La velocidad se convirtió en parte de mis sentidos, en una gran parte de mi propio ser, mientras veía a los motoristas abrirme paso allá delante, escuchando el enervante alarido de sus sirenas, y viendo pasar por los lados los coches que adelantábamos como si estuvieran parados.

Las luces de Long Beach surgieron al fin más allá de una loma.

—¡Ahí está la ciudad, Vicky! Vamos a conseguirlo.

—No...

—Tranquilízate, todo irá bien.

—Déjalo todo, Kent..., si amabas a Nicole..., déjalo todo...

—¿Por qué? Voy a matar a quienes la mataron a ella.

—No... podrás...

—Calla ahora.

Había una curva muy cerrada a una milla de las primeras casas. Los motoristas la tomaron inclinándose de tal modo, que pensé que sus pies quedaban clavados en el asfalto. Luego desaparecieron y yo entré en ella sobre dos ruedas. Hundí el acelerador y el coche

pareció emprender el vuelo. Luego golpeó el suelo y de nuevo recobró la estabilidad a toda marcha.

—Vicky...

—¿Sí...?

Yo quería mantenerla consciente, que no se abandonara.

—¿Quiénes ordenaron esas muertes, lo sabes?

—Tal vez... Cobb..., no sé..., hay policías metidos... en esto...

—¿En qué?

—El almacén, Kent..., el almacén...

—¿Qué almacén, qué tiene que ver un almacén con la prostitución organizada?

—¿Qué...? Te equivocas..., hay guardias en... almacén...

Reduje un poco la marcha al irrumpir como una tromba en las calles.

—¿Dónde está el almacén?

—¿No sabes...?

—¿Dónde?...

—Es una... casa grande... Charly Holden... él... él...

Los motoristas hicieron señas cuando enfilaron la rampa del hospital, reduciendo la velocidad.

Me sorprendió haber llegado sin apenas darme cuenta, sin habernos estrellado cien veces contra otros coches...

Las sirenas habían dado la alarma en el hospital y cuando detuve el coche en la entrada de urgencias, aparecieron dos enfermeros empujando una camilla. Los policías les dijeron algo y vinieron hacia el coche trotando.

—Ya hemos llegado, Vicky..., ánimo.

Solté el cinturón de seguridad. Sus grandes ojos azules me miraron larga y profundamente, con una leve sombra enturbiándolos.

—No..., no abandonarás, ¿verdad, Kent? —musitó.

—Por nada de este mundo.

—Entonces... entonces..., mátalos. ¡Mátalos, Kent!

Los dos camilleros dieron un respingo al oírla. Luego, con habilidad, la trasladaron a la camilla.

La vi desaparecer en el hospital y por primera vez me di cuenta de que estaba temblando violentamente.

Los dos policías se acercaron a mí.

—¿Se encuentra usted bien?

Asentí y eché a andar escoltado por ellos en seguimiento de Vicky.

Uno dijo:

—Voy a informar por radio... Habrá que explicar todo esto tan pronto se haya serenado.

—Sí, claro que lo haré. Llame al teniente Dobrak, de Homicidios, por favor.

Dijo que lo haría y se fue.

Una enfermera habló con el otro policía. Luego me llamaron y hube de identificarme. Empezaron a rellenar impresos y apenas recuerdo lo que me preguntaron.

Media hora más tarde, un médico salió y dijo:

—La joven ha muerto. Lo lamento..., lo lamento mucho.

CAPÍTULO XI

El teniente Dobrak gruñó después de escucharme:

—Así que Harry Flynn, ¿eh? Ya hemos tenido algunos problemas con él, pero ahora podremos agarrarlo definitivamente.

—El enviaba los asesinos por cuenta de quienes le encargaban matar a alguien. Por lo menos, eso me dijo. Aunque quizá no sea cierto. Encontré esta libreta en su poder.

Se la mostré y Dobrak la examinó página por página.

Estábamos aún en el hospital. Los dos patrulleros se habían marchado hacía rato. La salita de espera en que nos habíamos encerrado tenía aire acondicionado y la temperatura era casi demasiado fresca.

—Nombres y nombres en todo el país —gruñó el teniente preocupado—. Centenares de nombres y direcciones. Controlar a toda esa gente, será un trabajo de chinos.

—Al final hay también nombres y direcciones de países extranjeros. América del Sur y Europa. ¿Puede tratarse de una red de distribución de drogas?

—Lo dudó. Demasiada gente. Pero investigaremos.

—Vicky mencionó un almacén... y que había policías metidos en el negocio.

Soltó un gruñido.

—Siempre han habido policías corrompidos, ya sabe. Los garbanzos negros del lote. Habrá que desenmascararlos y eso no será fácil. En cuanto a ese almacén, ¿le dijo dónde estaba?

—Una gran casa, fue todo. Y unos nombres... Cobb. ¿Le recuerda a usted a alguien?

—No.

—¿Y Holden?

—Tampoco.

—Entonces, habrá que apretarle las clavijas a Flynn.

—Deje eso de mi cuenta —dijo, rechinando los dientes.

Salimos de la salita y del hospital. Una vez fuera, él señaló su coche estacionado frente a la entrada.

—¿Le llevo a alguna parte, Kent?

—No, prefiero andar un poco. Después iré al barco y me acostaré..., estoy molido. Pero espero que me informe de lo que averigüe usted, teniente. Creo tener cierto derecho a ello.

—Naturalmente. Le llamaré a su barco..., si no está demasiado ocupado con su amiga. Descanse y deje este asunto en mis manos. Voy a terminarlo.

Contemplé cómo se alejaba el coche y después eché a andar, sintiéndome viejo de mil años.

Había estado a punto de salvar a Vicky. Aquella pobre muchacha no había sido nadie para mí, sólo un nombre hasta que la saqué de la cabaña. Después, se convirtió en alguien de carne y hueso, y sentimientos y miedo; alguien que vivió y murió a mi lado fugazmente.

Recordé sus entrecortadas palabras. Y su salvaje vehemencia cuando me pidió que matara a aquellos hombres que según ella las atrapaban como insectos, las destruían...

También dijo que no era prostitución organizada el gran negocio. Entonces, ¿qué demonios era?

Traté de olvidarlo todo por el momento. Necesitaba relajarme, descansar, y eso nadie como Marge para conseguirlo.

El teniente había tenido razón.

De pronto me encontré parado en la acera como un poste. Un largo escalofrío recorrió mi espalda y empecé a buscar un taxi desesperadamente y cuando encontré uno, le dije que me llevara al muelle a toda velocidad.

Había abandonado el yate deslizándome a través de los que estaban amarrados junto al mío. Así pude alejarme sin ser descubierto por quien fuera que me vigilaba. Pero cuando llegamos al embarcadero no adopté precaución alguna. Pagué al chófer y eché a correr hacia mi barco.

—¡Marge! —grité al saltar sobre cubierta.

Salió del camarote radiante y bella. Las piernas me temblaron.

—¿Qué ocurre? —susurró, echándose en mis brazos.

—Creí... ¡Dios, fueron unos minutos horribles!

La besé y todo pareció aquietarse en el mundo, como si de repente sólo quedáramos ella y yo y la tierra y el firmamento nos pertenecieran por entero.

—Voy a sacarte de aquí —dije después—. Tengo algo que hacer aún esta noche y no quiero que te quedes sola.

—¿Crees que aún nos vigilan?

—Ya puedes estar segura.

Descendimos a tierra. El muelle, a excepción de los altos y espaciados postes de luz, era un mar de sombras.

Llevé a Marge hacia el yate de Arthur. Antes de llegar a él, oí música y luego las voces de algunas muchachas. Como de costumbre, tenía su fiesta nocturna.

Subimos a bordo. Art parecía un sultán rodeado de su colección de esposas. Había cinco chicas y dos hombres más, propietarios de otros barcos anclados también en el club.

Empezó a berrear cuando nos vio, pero le atrapé de un zarpazo, llevándolo a cubierta.

—No alborotes —dije—. Quiero que Marge se quede aquí mientras yo voy a ajustar algunas cuentas.

—¿Los tipos de la bomba?

—Sí. Cuida de Marge..., porque ella también está amenazada.

Asintió y sonrió.

—Deja que vengan —dijo—. Organizaré un festival en su honor.

—También necesito tu coche. El mío está estampado en una cuneta.

—Qué cosas te pasan, hermano... Espera que encuentre las llaves.

Se fue adentro y regresó en un minuto. Nos encontró a Marge y a mi besándonos casi con dolor.

—Bueno, tú dijiste que tenías prisa —rió.

Tomé las llaves del coche.

—Cuidala, Art, porque si le ocurre algo, no volverás a navegar en tu vida.

Salté la pasarela y corrí hacia su coche. Era un «Mustang» rojo llamativo y abarrotado de cromados por todas partes.

Estaba introduciendo la llave en la portezuela cuando capté el furtivo movimiento a mi espalda.

Me volví en redondo. El hombre saltó entonces, y llevaba un

largo cuchillo en la mano.

Esquivé la acometida y la hoja de acero golpeó la roja carrocería del «Mustang».

Se revolvió como una serpiente. Entonces, le golpeé.

El filo de mi mano le dio justo sobre el puente de la nariz, entre las cejas. Sonó un crujido, su cabeza rebotó contra el coche y el individuo se fue al suelo sin una queja. Estaba muerto.

Entonces, un motor rugió en alguna parte. Vi el largo sedán negro que aceleraba como si quisiera embestir el «Mustang» con su largo morro.

Salté alejándome del coche y para entonces, ya tenía el revólver en la mano. Disparé bala tras bala contra el parabrisas del enorme coche y el cristal explotó como una bomba. Oí un grito y otra voz que bramaba dando órdenes.

El auto dio un bandazo sin control, giró con las ruedas aullando y dando tumbos se alejó en diagonal. Lo último que vi de él fue el brillante parachoques posterior cuando se levantó en el aire, y después, con un monstruoso chapoteo, se precipitó al mar desde el malecón.

Salté dentro del «Mustang» mientras en todos los yates empezaban a brillar los focos barriendo las sombras.

Ya nadie más intentó cerrarme el paso.

CAPÍTULO XII

Era ciertamente una casa muy grande. Según la guía telefónica pertenecía a alguien llamado Charles Holden, de profesión fotógrafo.

Como reclamo, había la silueta recortada en madera de una hermosa muchacha rubia que sonreía desde todo lo alto de la fachada. Sobre una artística roca que emergía del césped, había unas letras doradas, iluminadas indirectamente, con el nombre del fotógrafo.

Me deslicé por el jardín hasta la ventana iluminada. Correspondía a una biblioteca llena de libros, una mesa, fotografías artísticas en las paredes, butacas y un hombre.

El hombre hablaba por teléfono.

Sentí la aguda sensación de que alguien me observaba. Agazapado en la oscuridad, miré en tomo. Podía haber alguien más oculto en alguna parte, pero si era así, no pude verlo. Sin embargo, aquella desagradable sensación persistía cuando tomé impulso y salté contra la ventana.

Hubo un estallido de cristales. El hombre del teléfono dio un brinco y se volvió, para enfrentarse al cañón del revólver que yo empuñaba. El no podía saber que estaba vacío por completo.

—Cuelga el teléfono, Holden —ordené.

Lo hizo sin dejar de mirarme estupefacto.

—Ahora vas a llevarme al almacén.

—¿Adónde? Oiga, se equivoca. Esto es una vivienda privada..., sólo hay aquí mi estudio fotográfico, en la otra ala del edificio.

—Hay algo más. Vicky te delató antes de morir. Y yo he venido a pasarte la factura por ella, por Sandra, por Nicole... ¿Vas entendiendo?

—No...

Pero entendía. Se había puesto gris al oír los nombres.

—Soy Alan Kent —dije—. Yo también estaba sentenciado a muerte, ¿recuerdas?

Sacudió la cabeza. Avancé y de un empujón, lo mandé dando tumbos lejos de la mesa.

Abrí los cajones uno a uno. En el del centro, había una gran pistola «Colt» automática.

La empuñé, guardándome el inútil revólver.

—¿Para qué la guardas, como utillería en tus fotos?

—Si lo que quiere es dinero...

—Vamos a recorrer la casa. A propósito, ¿hay sótano aquí?

Retrocedió. Para acabar de apabullarle dije:

—Después de que acabe contigo, iré a por Cobb. Eso quizá te sirva de consuelo.

Recorrimos la casa. Era lujosa, grande. El estudio fotográfico ocupaba casi la mitad de ella y más parecía un estudio cinematográfico que otra cosa.

Pero no había ningún almacén.

—El sótano —insistí—. ¿Dónde está?

—No hay sótano.

—¿No? Entonces, dime dónde está instalada la caldera de la calefacción, Holden. Esos radiadores tan artísticos deben funcionar con agua caliente, ¿no es así?

Se derrumbó más de prisa de lo que había imaginado.

—En la cocina —dijo—. Hay una puerta. Ábrala y abajo está el sótano.

—Andando.

Fue delante de mí y señaló la puerta. Parecía mareado y hubo de apoyarse en la pared.

Casi mordí el anzuelo. Casi solamente.

Vicky había dicho que había guardias en el almacén, Eso por un lado. Por otro, Holden estaba apoyado en la pared y yo no veía su mano derecha. La tenía detrás del cuerpo.

Le hurgué la barriga con la pistola.

—Aparta de ahí, bastardo..., no te pongas cómodo aún.

En la pared había un diminuto pulsador, apenas visible, porque tenía el mismo color que la pintura que la cubría.

—Una señal de alarma... Te la acabas de ganar.

Le empujé rudamente contra la puerta.

—¡Abre, Holden!

Intentó retroceder. Abrí la puerta y le empujé otra vez contra la boca oscura que pareció tragárselo.

Sólo que hizo algo más. Sonó una sucesión de estampidos allá abajo y las llamas rojas de las armas parecieron trazar un camino de muerte hacia el hombre que caía. Holden gritó con voz ronca. Luego se precipitó escaleras abajo con estrépito.

Salté tras él, mientras allá abajo alguien gritaba algo que no entendí.

Se encendió una luz y dos hombres contemplaron el cuerpo de Holden hecho un ovillo. Les dejé que levantaran la cabeza y me vieran. Entonces, disparé.

Se fueron saltando como monos. Los plomos del «Colt» eran casi tan grandes como los de mi perdida *«Parabellum»*.

Cuando cayeron de bruces supe que ya no se moverían nunca más.

Acabé de bajar y miré lo que se ofrecía a mis asombrados ojos.

Había interminables filas de estantes. Cubrían las paredes y se alzaban en medio como muros formando estrechos pasillos.

Los estantes estaban abarrotados de sobres tamaño postal, y los más próximos a las paredes contenían redondas cajas metálicas de película de ocho milímetros.

Y de pronto lo comprendí, y supe por qué habían asesinado a Brauks, y por qué habían tenido que morir las chicas. Lo comprendí y sentí que las piernas me temblaban, porque supe el significado de aquellas extrañas palabras de Sandra.

... será como destapar la caja de Pandora, había dicho.

Abrí algunos de los sobres. La colección de fotografías que me mostrara Brauks pertenecía a ese mismo lote. Eran terribles, y la increíble belleza de las modelos les daba aún más sombrío atractivo, las hacía más destructivas.

Reconozco que mis dedos no eran muy seguros cuando cambié de estantería. Los sobres eran idénticos, pero las fotografías, no.

Ahí estaba la caja de Pandora.

Ahí estaba el horror, la náusea que yo no debiera haber descubierto, porque la protagonista de aquella colección era Nicole.

Sé que me tambaleé. Hube de dejar la pistola sobre el estante para apoyarme con las dos manos en él y hundir la cabeza en el

pecho hasta que se calmó el tumulto que sentía dentro de mí.

Nicole... Estaría también en las películas, en otras colecciones...

La voz del teniente Dobrak dijo:

—Se me adelantó otra vez, Kent...

Me volví poco a poco. No le había oído llegar, pero allí estaba, erguido, vigilándome por encima del cañón de su revólver.

—Ojalá no lo hubiera hecho —me oí decir.

—La ha visto, ¿eh? Fue de las mejores modelos.

—Hasta que se cansó.

—Tenía escrúpulos. Eso es malo en este negocio.

—Entiendo.

—No se mueva de donde está. No quisiera recibir un golpe de sus manos. Ya vi lo que era capaz de hacer con ellas.

—Se puede matar a un hombre de muchas maneras, Dobrak. Desde hace horas, sé cómo he de matarle a usted.

Sonrió, seguro de sí mismo.

—No le creo —dijo—. Acaba de llevarse una sorpresa al verme aquí.

—No. Usted cometió un error. Sabía que Marge estaba refugiada en mi barco. Y usted nunca había estado allí. Eso me abrió los ojos.

Arrugó el ceño.

—Es cierto, Kent. Eso demuestra que nunca es uno tan precavido como imagina.

—¿Le importa decirme quién es Cobb?

—Ahora ya no es nadie. Ha muerto.

—Entiendo. Ha decidido cerrar el negocio.

—Momentáneamente, Kent, sólo momentáneamente. Este negocio rinde quince o veinte millones al año. Las fotografías son distribuidas por todo el país y el extranjero, lo mismo que las películas. ¿Se da cuenta?

—Ésa era la lista de Flynn...

—Cierto, sólo que él no debía tenerla. Ya lo ha pagado a estas horas. Debió recopilar los nombres pensando en el día de mañana..., en quedarse con el negocio. De todos modos, está muerto también.

—Ya sólo queda usted.

—Y usted, aunque va a morir ahora.

—Aún no, Dobrak.

—¿Por qué no? Es el único obstáculo en mi camino.

—Soy algo más que eso.

Yo tenía las manos apoyadas aún en el estante. Eso le había confiado. Deslicé los dedos en torno a la culata de la «45» y sin levantarla en absoluto, disparé.

La pesada bala le entró por el cuello. Dobrak giró como un trompo, los brazos aleteando como aspas. El revólver escapó de sus dedos y al fin, cayó de bruces.

Me acerqué a él. Un ronco estertor brotaba de su garganta y la sangre burbujeaba al compás de esos espasmos.

—Adiós, Dobrak —dije—. El camino al infierno es muy largo.

Movió los labios. Había una horrenda angustia en sus ojos mientras la sangre salía a borbotones de su cuello perforado.

Le dejé y comencé a abrir cajas de películas, desparramando las cintas por el suelo hasta formar una montaña con ellas. Entonces, derribé un par de estanterías a fin de que las fotografías incrementasen la pira y le pegué fuego.

Ardió velozmente. Hube de retroceder a saltos hacia donde Dobrak agonizaba.

—Es un anticipo, teniente —le dije, como despedida final—. Un anticipo del infierno.

Las llamas rugían y se propagaban como un reguero de pólvora. Eché a correr escaleras arriba, salí de la casa dejándolo todo abierto para que el fuego no encontrara obstáculo alguno, me acomodé en el «Mustang» de Arthur y hundiendo el acelerador, me alejé de allí.

Pensé en Marge. Ella era la esperanza.

Atrás quedaba la náusea y el horror. El fuego volvería a cerrar la siniestra caja de Pandora para siempre.

FIN

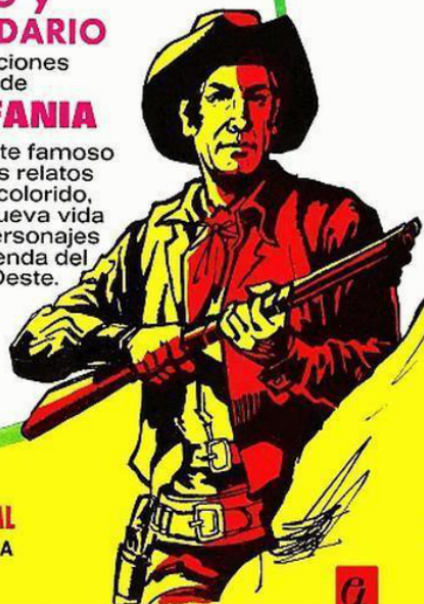
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

